

The background of the cover is a watercolor illustration. It depicts a man in profile, facing right, wearing a dark, patterned tunic and a cape. He stands on a set of stone steps that lead up to a large, arched doorway. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting a magical or historical setting. The overall style is soft and painterly.

Pedro Calderón de la Barca

El mágico
Prodigioso

E LEJANDRIA

The background of the cover is a watercolor illustration. It depicts a man in profile, facing right, wearing a dark tunic and a cape. He stands on a set of stone steps that lead up to a large, arched doorway. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting a magical or historical setting. Above the doorway, there is a faint, ornate crest or coat of arms. The overall style is classic and evocative.

Pedro Calderón de la Barca

El mágico Prodigioso

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MÁGICO PRODIGIOSO

CALDERON DE LA BARCA

PUBLICADO: 1663

FUENTE: PROJECT GUTENBERG

**EDICIÓN ORIGINAL: LUIS NAVARRO, EDITOR, 1881,
MADRID**

EL MÁGICO PRODIGIOSO

PERSONAS

Cipriano.

El Demonio.

Floro.

Lelio.

Moscon.

Justina, *dama*.

Livia, *criada*.

Lisandro, *viejo*.

El Gobernador de Antioquía.

Fabio, *criado*.

Clarin.

Un Criado.

Un Soldado.

Soldados.

Gente.

La escena es en Antioquía y extramuros.

JORNADA PRIMERA.

Bosque cercano á Antioquía.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, *vestido de estudiante*; CLARIN y MOSCON, *de gorriones, con unos libros*.

Ciprian.

En la amena soledad

De aquesta apacible estancia,

Bellísimo laberinto

De árboles, flores y plantas,

Podeis dejarme, dejando

Conmigo (que ellos me bastan

Por compañía) los libros

Que os mandé sacar de casa;

Que yo, en tanto que Antioquía

Celebra con fiestas tantas

La fábrica dese templo
Que hoy á Júpiter consagra,
Y su translacion, llevando
Públicamente su estatua
Adonde con más decoro
Y honor esté colocada;
Huyendo del gran bullicio
Que hay en sus calles y plazas,
Pasar estudiando quiero
La edad que al dia le falta.
Idos los dos á Antioquía,
Gozad de sus fiestas várias,
Y volved por mí á este sitio
Cuando el sol cayendo vaya
A sepultarse en las ondas,
Que entre oscuras nubes pardas
Al gran cadáver de oro
Son monumentos de plata.
Aquí me hallaréis.
Moscon.

No puedo,
Aunque tengo mucha gana
De ver las fiestas, dejar
De decir, ántes que vaya
A verlas, señor, siquiera
Cuatro ó cinco mil palabras.

¿Es posible que en un día
De tanto gusto, de tanta
Festividad y contento,
Con cuatro libros te salgas
Al campo solo, volviendo
A su aplauso las espaldas?
Clarín.

Hace mi señor muy bien;
Que no hay cosa más cansada
Que un día de procesion
Entre cofrades y danzas.
Moscon.

En fin, Clarín, y en principio,
Viviendo con arte y maña,
Eres un temporalazo
Lisonjero, pues alabas
Lo que hace, y nunca dices
Lo que sientes.
Clarín.

Tú te engañas
(Que es el mentís más cortés
Que se dice cara á cara,
Y yo digo lo que siento).
Ciprian.

Ya basta, Moscon, ya basta,
Clarín. ¡Que siempre los dos

Habeis con vuestra ignorancia
De estar porfiando, y tomando
Uno de otro la contraria!
Idos de aquí, y (como digo)
Me buscaréis cuando caiga
La noche, envolviendo en sombras
Esta fábrica gallarda
Del universo.
Moscon.

¿Qué va,

Que aunque defendido hayas
Que es bueno no ver las fiestas,
Que vas á verlas?
Clarín.

Es clara

Consecuencia: nadie hace
Lo que aconseja que hagan
Los otros.
Moscon.

(Ap.) Por ver á Livia,

Vestirme quisiera de alas. (Vase.)
Clarín.

(Ap.) Aunque, si digo verdad,

Livia es la que me arrebató
Los sentidos. Pues ya tienes
Más de la mitad andada

Del camino; llega, *Livia*,
Al *na*, y sé, *Livia*, *liviana*. (Vase.)

ESCENA II.

CIPRIANO.

Ya estoy solo, ya podré,
Si tanto mi ingenio alcanza,
Estudiar esta cuestion
Que me trae suspensa el alma,
Desde que en Plinio leí
Con misteriosas palabras
La difinicion de Dios;
Porque mi ingenio no halla
Ese Dios en quien convengan
Misterios ni señas tantas.
Esta verdad escondida
He de apurar. (Pónese á leer.)

ESCENA III.

EL DEMONIO, *vestido de gala*.—CIPRIANO.

Demonio.

(Ap.) Aunque hagas

Más discursos, Cipriano,
No has de llegar á alcanzarla,
Que yo te la esconderé.
Ciprian.

Ruido siento en estas ramas.

¿Quién va? ¿quién es?
Demonio.

Caballero,

Un forastero es, que anda
En este monte perdido
Desde toda esta mañana,
Tanto que rendido ya
El caballo, en la esmeralda
Que es tapete destos montes,
A un tiempo pace y descansa.
A Antioquía es el camino
A negocios de importancia;
Y apartándome de toda
La gente que me acompaña,
Divertido en mis cuidados
(Caudal que á ninguno falta),
Perdí el camino y perdí
Criados y camaradas.
Ciprian.

Mucho me espanto de que
Tan á vista de las altas
Torres de Antioquía, así
Perdido andeis. No hay de cuantas
Veredas á aqueste monte
Ó le linean ó le pautan,
Una que á dar en sus muros,
Como en su centro, no vaya:
Por cualquiera que tomeis,
Vais bien.
Demonio.

Esa es la ignorancia,
Á la vista de las ciencias,
No saber aprovecharlas.
Y supuesto que no es bien
Que entre yo en ciudad extraña,
Donde no soy conocido,
Solo y preguntando, hasta
Que la noche venza al dia,
Aquí estaré lo que falta;
Que en el traje y en los libros
Que os divierten y acompañan,
Juzgo que debeis de ser
Grande estudiante, y el alma
Esta inclinacion me lleva

De los que en estudios tratan. (Siéntase.)
Ciprian.

¿Habeis estudiado?

Demonio.

No;

Pero sé lo que me basta

Para no ser ignorante.

Ciprian.

Pues ¿qué ciencias sabeis?

Demonio.

Hartas.

Ciprian.

Aun estudiándose una

Mucho tiempo, no se alcanza,

¿Y vos (i grande vanidad!)

Sin estudiar sabeis tantas?

Demonio.

Sí, que de una patria soy

Donde las ciencias más altas

Sin estudiarse se saben.

Ciprian.

¡Oh quién fuera de esa patria!

Que acá mientras más se estudia,

Más se ignora.

Demonio.

Verdad tanta

Es esta, que sin estudios
Tuve tan grande arrogancia
Que á la cátedra de prima
Me opuse, y pensé llevarla,
Porque tuve muchos votos;
Y aunque la perdí, me basta
Haberlo intentado; que hay
Pérdidas con alabanza.
Si no lo quereis creer,
Decid qué estudiais, y vaya
De argumento; que aunque no
Sé la opinion que os agrada,
Y ella sea la segura,
Yo tomaré la contraria.
Ciprian.

Mucho me huelgo de que
A eso vuestro ingenio salga.
Un lugar de Plinio es
El que me trae con mil ánsias
De entenderle, por saber
Quién es el Dios de quien habla.
Demonio.

Ese es un lugar que dice
(Bien me acuerdo) estas palabras:
«Dios es una bondad suma

Una esencia, una sustancia,
Todo vista, todo manos.»
Ciprian.

Es verdad.

Demonio.

¿Qué repugnancia

Hallais en esto?

Ciprian.

No hallar

El Dios de quien Plinio trata;
Que si ha de ser bondad suma,
Aun á Júpiter le falta
Suma bondad, pues le vemos
Que es pecaminoso en tantas
Ocasiones: Dánae hable
Rendida, Europa robada.
Pues ¿cómo en suma bondad,
Cuyas acciones sagradas
Habian de ser divinas,
Caben pasiones humanas?
Demonio.

Esas son falsas historias

En que las letras profanas
Con los nombres de los dioses
Entendieron disfrazada
La moral filosofía.

Ciprian.

Esa respuesta no basta,
Pues el decoro de Dios
Debiera ser tal, que osadas
No llegaran á su nombre
Las culpas, áun siendo falsas.
Y apurando más el caso,
Si suma bondad se llaman
Los dioses, siempre es forzoso
Que á querer lo mejor vayan;
Pues ¿cómo unos quieren uno,
Y otros otro? Esto se halla
En las dudosas respuestas
Que suelen dar sus estatuas.
Porque no digais despues
Que alegué letras profanas...
Á dos ejércitos, dos
ídolos una batalla
Aseguraron, y el uno
La perdió: ¿no es cosa clara
La consecuencia de que
Dos voluntades contrarias
No pueden á un mismo fin
Ir? Luego yendo encontradas,
Es fuerza, si la una es buena,

Que la otra ha de ser mala.
Mala voluntad en Dios
Implica el imaginarla:
Luego no hay suma bondad
En ellos, si union les falta.
Demonio.

Niego la mayor, porque
Aquesas respuestas dadas
Así, convienen á fines
Que nuestro ingenio no alcanza,
Que es la providencia; y más
Debió importar la batalla
Al que la perdió el perderla,
Que al que la ganó el ganarla.
Ciprian.

Concedo; pero debiera
Aquel Dios, pues que no engañan
Los dioses, no asegurar
La victoria; que bastaba
La pérdida permitir
Allí, sin asegurarla.
Luego si Dios todo es vista,
Cualquiera Dios viera clara
Y distintamente el fin;
Y al verle, no asegurara
El que no habia de ser: luego

Aunque sea deidad tanta,
Distinta en personas, debe
En la menor circunstancia
Ser una sola en esencia.
Demonio.

Importó para esa causa
Mover así los afectos
Con su voz.
Ciprian.

Cuando importara
El moverlos, genios hay
(Que buenos y malos llaman
Todos los doctos), que son
Unos espíritus que andan
Entre nosotros, dictando
Las obras buenas y malas,
Argumento que asegura
La inmortalidad del alma:
Y bien pudiera ese Dios,
Con ellos, sin que llegara
Á mostrar que mentir sabe,
Mover afectos.
Demonio.

Repara
En que esas contrariedades
No implican al ser las sacras

Deidades una, supuesto
Que en las cosas de importancia
Nunca disonaron. Bien
En la fábrica gallarda
Del hombre se ve, pues fué
Solo un concepto al obrarla.
Ciprian.

Luego si ese fué un solo,
Ese tiene más ventaja
A los otros; y si son
Iguales, puesto que hallas
Que se pueden oponer
(Esta no puedes negarla)
En algo; al hacer el hombre,
Cuando el uno lo intentara,
Pudiera decir el otro:
«No quiero yo que se haga.»
Luego si Dios todo es manos,
Cuando el uno le criara,
El otro le deshiciera.
Pues eran manos entrambas
Iguales en el poder,
Desiguales en la instancia,
¿Quién venciera destos dos?
Demonio.

Sobre imposibles y falsas

Proposiciones, no hay
Argumento. Dí, ¿qué sacas
Deso?
Ciprian.

Pensar que hay un Dios,
Suma bondad, suma gracia,
Todo vista, todo manos,
Infalible, que no engaña,
Superior, que no compite,
Dios á quien ninguno iguala,
Un principio sin principio,
Una esencia, una sustancia,
Un poder y un querer solo;
Y cuando como éste haya
Una, dos ó más personas,
Una deidad soberana
Ha de ser sola en esencia,
Causa de todas las causas.
Demonio.

¿Cómo te puedo negar (Levántase.)
Una evidencia tan clara?
Ciprian.

¿Tanto lo sentís?
Demonio.

¿Quién deja
De sentir que otro le haga

Competencia en el ingenio?
Y aunque responder no falta,
Dejo de hacerlo, porque
Gente en este monte anda,
Y es hora de que prosiga
A la ciudad mi jornada.
Ciprian.

Id en paz.

Demonio.

Quedad en paz.

(Ap. Pues tanto tu estudio alcanza,
Yo haré que el estudio olvides,
Suspendido en una rara
Beldad. Pues tengo licencia
De perseguir con mi rabia
A Justina, sacaré
De un efecto dos venganzas.) (Vase.)
Ciprian.

No ví hombre tan notable.

Mas pues mis criados tardan,
Volver á repasar quiero
De tanta duda la causa.
(Vuelve á leer, sin reparar en los que vienen.)

ESCENA IV.

LELIO, FLORO.—CIPRIANO.

Lelio.

No pasemos adelante;

Que estas peñas, estas ramas

Tan intrincadas, que al mismo

Sol le defienden la entrada,

Solo pueden ser testigos

De nuestro duelo.

Floro.

La espada

Sacad; que aquí son las obras,

Si allá fueron las palabras.

Lelio.

Ya sé que en el campo, muda

La lengua, el acero habla

Desta suerte. (Riñen.)

Cipriano.

¿Qué es aquesto?

Lelio, tente; Floro, aparta,

Que basta que esté yo en medio,

Aunque esté en medio sin armas.

Lelio.

¿De dónde, dí, Cipriano,

A embarazar mi venganza

Has salido?

Floro.

¿Eres aborto

Destos troncos y estas ramas?

ESCENA V.

MOSCON, CLARIN.—Dichos.

Moscon.

Corre, que con mi señor

Han sido las cuchilladas.

Clarín.

Para acercarme á esas cosas

No suelo yo correr nada;

Mas para apartarme, sí.

Moscon y

Clarín.

Señor...

Cipriano.

No hableis más palabra.—

Pues ¿qué es esto? Dos amigos,

Que por su sangre y su fama

Hoy son de toda Antioquía

Los ojos y la esperanza,
Uno del Gobernador
Hijo, y otro de la clara
Familia de los Colaltos,
¡Así aventuran y arrastran
Dos vidas que pueden ser
De tanto honor á su patria!
Lelio.

Cipriano, aunque el respeto
Que debo por muchas causas
A tu persona, este instante
Tiene suspensa mi espada,
No la tienes reducida
A la quietud de la vaina
Tú sabes de ciencias más
Que de duelos, y no alcanzas
Que á dos nobles en el campo
No hay respeto que les haga
Amigos, pues sólo es medio
Morir uno en la demanda.
Floro.

Lo mismo te digo, y ruego
Que con tu gente te vayas,
Pues que riñendo nos dejas
Sin traicion y sin ventaja.
Ciprian.

Aunque os parece que ignoro
Por mi profesion las várias
Leyes del duelo que estudia
El valor y la arrogancia,
Os engañáis; que nací
Con obligaciones tantas
Como los dos, á saber
Qué es honor y qué es infamia.
Y no el darme á los estudios
Mis alientos acobarda;
Que muchas veces se dieron
Las manos letras y armas.
Si el haber salido al campo
Es del reñir circunstancia,
Con haber reñido ya
Esa calumnia se salva.
Y así, bien podeis decir
Desta pendencia la causa;
Que yo, si habiéndola oido,
Reconociere al contarla
Que alguno de los dos tiene
Algo que se satisfaga,
De dejaros á los dos
Solos, os doy la palabra.
Lelio.

Pues con esa condicion

De que en sabiendo la causa

Nos has de dejar reñir,

Yo me prefiero á contarla.

Yo quiero á una dama bien,

Y Floro quiere á esta dama:

¡Mira tú cómo podrás

Convenirnos! pues no hay traza

Con que dos nobles celosos

Den á partido sus ánsias.

Floro.

Yo quiero á esta dama, y quiero

Que no se atreva á mirarla

Ni aún el sol; y pues no hay

Medio aquí, y que la palabra

Nos has dado de dejarnos

Reñir, á un lado te aparta.

Ciprian.

Esperad, que hay que saber

Más. Decidme, ¿es esta dama

A la esperanza posible,

Ó imposible á la esperanza?

Lelio.

Tan principal es, tan noble,

Que si el sol celos causara

A Floro, áun dél no podria
Tenerlos con justa causa,
Porque presumo que el sol
Aun no se atreve á mirarla.
Ciprian.

¿Casárate tú con ella?

Floro.

Ahí está mi confianza.

Ciprian.

¿Y tú?

Lelio.

¡Pluguiera á los cielos

Que á tanta dicha llegara!

Que aunque es en extremo pobre,

La virtud por dote basta.

Ciprian.

Pues si á casaros con ella

Aspirais los dos, ¿no es vana

Accion, culpable é indigna,

Querer ántes disfamarla?

¿Qué dirá el mundo, si alguno

De los dos con ella casa,

Despues de haber muerto al otro

Por ella? que aunque no haya

Ocasion para decirlo,

Decirlo sin ella basta.

No digo yo que os sufráis
El servirla y festejarla
A un tiempo, porque no quiero
Que de mí partido salga
Tan cobarde; que el galán
Que de sus celos pasara
Primero la contingencia,
Pasará después la infamia;
Pero digo que sepáis
De cuál de los dos se agrada,
Y luego...
Lelio.

Detente, espera;

Que es acción cobarde y baja
Ir á que la dama diga
A quién escoge la dama,
Pues ha de escogerme á mí
O á Floro. Si á mí, me agrava
Más el empeño en que estoy,
Pues es otro empeño que haya
Quien quiera á la que me quiere.
Si á Floro escoge, la saña
De que á otro quiera quien quiero,
Es mayor: luego excusada
Acción es que ella lo diga,
Pues con cualquier circunstancia

Hemos en apelacion
De volver á las espadas:
El querido por su honor,
Y el otro por su venganza.
Floro.

Confieso que esa opinion
Recibida es y asentada,
Mas con las damas que amores
Elegir y dejar tratan;
Y así, hoy pedírsela intento
A su padre. Y pues me basta
Habiendo al campo salido,
Haber sacado la espada
(Mayormente cuando hay
Quien el reñir embaraza),
Con satisfaccion bastante
La vuelvo, Lelio, á la vaina.
Lelio.

En parte me ha convencido
Tu razon; y aunque apurarla
Pudiera, más quiero hacerme
De su parte, ó cierta ó falsa.
Hoy la pediré á su padre.
Ciprian.

Supuesto que aquesta dama
En que los dos la sirvais

Ella no aventura nada,
Pues que confesais los dos
Su virtud y su constancia,
Decidme quién es; que yo,
Pues que tengo mano tanta
En la ciudad, por los dos
Quiero preferirme á hablarla,
Para que esté prevenida
Cuando á eso su padre vaya.
Lelio.

Dices bien.

Ciprian.

¿Quién es?

Floro.

Justina,

De Lisandro hija.

Ciprian.

Al nombrarla

He conocido cuán pocas
Fueron vuestras alabanzas;
Que es virtuosa y es noble.
Luégo voy á visitarla.

Floro.

(Ap.) El cielo en mi favor mueva

Su condicion siempre ingrata. (Vase.)

Lelio.

Corone amor al nombrarme,
De laurel mis esperanzas. (Vase.)
Ciprian.
¡Oh, quiera el cielo que estorbe
Escándalos y desgracias! (Vase.)

ESCENA VI.

MOSCON, CLARIN.

Moscon.

¿Ha oído vuesa merced
Que nuestro amo va á la casa
De Justina?

Clarín.

Sí señor,
¿Qué hay, que vaya ó que no vaya?

Moscon.

Hay que no tiene que hacer
Allá usarced.

Clarín.

¿Por qué causa?

Moscon.

Porque yo por Livia muero,
Que es de Justina criada,

Y no quiero que se atreva
Ni el mismo sol á mirarla.
Clarín.

Basta, que no he de reñir
En ningún tiempo por dama
Que ha de ser esposa mía.
Moscon.

Aquella opinión me agrada,
Y así es bien que diga ella
Quién la obliga, ó quién la cansa.
Vámonos allá los dos,
Y ella elija.
Clarín.

Es buena traza;
Aunque ha de escogerte, temo.
Moscon.

¿Ya tienes deso confianza?
Clarín.

Sí, que lo peor escogen
Siempre las Livias ingratas. (Vanse.)

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA VII.

JUSTINA, LISANDRO.

Justina.

No me puedo consolar

De haber hoy visto, señor,

El torpe, el comun error

Con que todo ese lugar

Templo consagra y altar

A una imagen que no pudo

Ser deidad, pues que no dudo

Que al fin, sin algun testimonio

Da de serlo, es el demonio,

Que da aliento á un bronce mudo.

Lisand.

No fueras, bella Justina,

Quien eres, si no lloraras,

Sintieras y lamentaras

Esa tragedia, esa ruina

Que la religion divina

De Cristo padece hoy.

Justina.

Es cierto, pues al fin soy

Hija tuya, y no lo fuera

Si llorando no estuviera

Ansias que mirando estoy.
Lisand.

¡Ay, Justina! no ha nacido
De ser tú mi hija, no,
Que no soy tan feliz yo.
Mas ¡ay Dios! ¿cómo he rotpido
Secreto tan escondido?
Afecto del alma fué.
Justina.

¿Qué dices, señor?
Lisand.

No sé.
Confuso estoy y turbado.
Justina.

Muchas veces te he escuchado
Lo que ahora te escuché,
Y nunca quise, señor,
A costa de un sufrimiento
Apurar tu sentimiento,
Ni examinar mi dolor;
Pero viendo que es error
Que de entenderte no acabe,
Aunque sea culpa grave;
Que partas, señor, te pido,
Tu secreto con mi oído,
Ya que en tu pecho no cabe.

Lisand.

Justina, de un gran secreto

El efecto te callé,

La edad que tienes, porque

Siempre he temido el efeto;

Mas viéndote ya sujeto

Capaz de ver y advertir,

Y viéndome á mí que el ir

Con este báculo dando

En la tierra, ir es llamando

A las puertas del morir,

No te tengo de dejar

Con esta ignorancia, no,

Porque no cumpliera yo

Mi obligacion con callar:

Y así, atiende á mi pesar

Tu placer.

Justina.

Conmigo lucha

Un temor.

Lisand.

Mi pena es mucha,

Pero esto es ley y razon.

Justina.

Señor, desta confusion

Me rescata.
Lisand.

Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,
Lisandro... No de que empiece
Desde mi nombre te admires;
Que aunque ya sabes que es este,
Por lo que se sigue al nombre
Es justo que te le acuerde,
Pues de mí no sabes más
Que mi nombre solamente.
Lisandro soy, natural
De aquella ciudad que en siete
Montes es hidra de piedra,
Pues siete cabezas tiene:
De aquella que es silla hoy
Del romano imperio, albergue
Del cristiano digno, pues
Solo Roma lo merece.
En ella nací de humildes
Padres, si es que nombre adquieren
De humildes los que dejaron
Tantas virtudes por bienes.
Cristianos nacieron ambos,
Venturosos descendientes
De algunos que con su sangre

Rubricaron felizmente
Las fatigas de la vida
Con los triunfos de la muerte.
En la religion cristiana
Crecí instruido, de suerte
Que en su defensa daré
La vida una y muchas veces.
Jóven era, cuando á Roma
Llegó encubierto el prudente
Alejandro, papa nuestro,
Que la apostólica sede
Gobernaba, sin tener
Donde tenerla pudiese;
Que como la tiranía
De los gentiles crueles
Su sed apaga con sangre
De la que á mártires vierte,
Hoy la primitiva Iglesia
Ocultos sus hijos tiene;
No porque el morir rehusan,
No porque el martirio temen,
Sino porque de una vez
No acabe el rigor rebelde
Con todos, y destruida
La Iglesia, en ella no quede

Quien catequice al gentil,
Quien le predique y le enseñe.
A Roma, pues, Alejandro
Llegó; y yendo oculto á verle,
Recibí su bendicion,
Y de su mano clemente
Todos los órdenes sacros,
A cuya dignidad tiene
Envidia el ángel, pues solo
El hombre serlo merece.
Mandóme Alejandro pues
Que á Antioquía me partiese
A predicar de secreto
La ley de Cristo. Obediente,
Peregrinando á merced
De tantas diversas gentes,
A Antioquía vine; y cuando
Desde aquestos eminentes
Montes llegué á descubrir
Sus dorados chapiteles,
El sol me faltó, y llevando
Tras sí el dia, por hacerme
Compañía me dejó
A que le sustituyesen
Las estrellas, como en prendas

De que presto vendria á verme.
Con el sol perdí el camino,
Y vagueando tristemente
En lo intrincado del monte,
Me hallé en un oculto albergue,
Donde los trémulos rayos
De tanta antorcha viviente,
Aun no se dejaban ya
Ver, porque confusamente
Servian de nubes pardas
Las que fueron hojas verdes.
Aquí, dispuesto á esperar
Que otra vez el sol saliese,
Dando á la imaginacion
La jurisdiccion que tiene,
Con las soledades hice
Mil discursos diferentes.
Desta suerte, pues, estaba,
Cuando, de un suspiro leve
El eco mal informado,
La mitad al dueño vuelve.
Retraje al oido todos
Mis sentidos juntamente,
Y volví á oir más distinto
Aquel aliento y más débil,

Mudo idioma de los tristes,
Pues con él solo se entienden.
De mujer era el gemido,
A cuyo aliento sucede
La voz de un hombre, que á media
Voz decia desta suerte:
«Primer mancha de la sangre
Más noble, á mis manos muere,
Ántes que á morir á manos
De infames verdugos llegues.»
La infeliz mujer decia
En medias razones breves:
«Duélete tú de tu sangre,
Ya que de mí no te dueles.»
Llegar pretendí yo entónces
A estorbar rigor tan fuerte;
Mas no pude, porque al punto
Las voces se desvanecen,
Y ví al hombre en un caballo,
Que entre los troncos se pierde.
Iman fué de mi piedad
La voz, que ya balbuciente
Y desmayada decia,
Gimiendo y llorando á veces:
«Mártir muero, pues que muero

Por cristiana y inocente;»
Y siguiendo de la voz
El norte, en espacio breve
Llegué donde una mujer,
Que apenas dejaba verse,
Estaba á brazo partido
Luchando ya con la muerte.
Apénas me sintió, cuando
Dijo, esforzándose: «Vuelve,
Sangriento homicida mio,
Ni aún este instante me dejes
De vida.—No soy (le dije)
Sino quien acaso viene,
Quizá del cielo guiado,
A valeros en tan fuerte
Ocasión.—Ya que imposible
Es (dijo) el favor que ofrece
Vuestra piedad á mi vida
Pues que por puntos fallece,
Lógrese en esa infeliz,
En quien hoy el cielo quiere,
Naciendo de mi sepulcro,
Que mis desdichas herede.»
Y espirando, ví...

ESCENA VIII.

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO.

Livia.

Señor,

El mercader á quien debes

Aquel dinero, á buscarte

Hoy con la justicia viene.

Que no estás en casa, dije:

Por esotra puerta véte.

Justina.

¡Cuánto siento que á estorbarte

En aquesta ocasion lleguen,

Que estaba á tu relacion

Vida, alma y razon pendiente!

Mas véte ahora, señor:

La justicia no te encuentre.

Lisand.

¡Ay de mí! ¡qué de desaires

La necesidad padece! (Vase.)

Justina.

Sin duda entran hasta aquí,

Porque siento afuera gente.

Livia.

No son ellos, Cipriano

Es.
Justina.

Pues ¿qué es lo que pretende
Cipriano aquí?

ESCENA IX.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.—JUSTINA, LIVIA.

Ciprian.

Serviros

Mi deseo es solamente.
Viendo salir la justicia
De vuestra casa, se atreve
Á entrar aquí mi amistad,
Por lo que á Lisandro debe,
Á sólo saber (Ap. Turbado
Estoy.) si acaso (Ap. ¡Qué fuerte
Hielo discurre mis venas!)
En algo serviros puede
Mi deseo. (Ap. ¡Qué mal dije!
Que no es hielo, fuego es este.)
Justina.

Guárdeos el cielo mil años;
Que en mayores intereses
Habeis de honrar á mi padre

Con vuestros favores.
Ciprian.

Siempre

Estaré para serviros.
(Ap. ¿Qué me turba y enmudece?)
Justina.

Él ahora no está en casa.
Ciprian.

Luego bien, señora, puede
Mi voz decir la ocasion
Que aquí me trae, claramente;
Que no es la que habeis oido,
La que sola á entrar me mueve
Á veros.
Justina.

Pues ¿qué mandais?
Ciprian.

Que me oigais. Yo seré breve.
Hermosísima Justina,
En quien hoy obstenta ufana
La naturaleza humana
Tantas señas de divina:
Vuestra quietud determina
Hallar mi deseo este dia;
Pero ved que es tiranía,
Como el efecto lo muestra,

Que os dé yo la quietud vuestra,
Y vos me quiteis la mia.
Lelio, de su amor movido
(¡No ví amor más disculpado!),
Floro, de su amor llevado
(¡No ví error más permitido!),
El uno y otro han querido
Por vos matarse los dos:
Por vos lo he estorbado (¡ay Dios!);
Pero ved que es error fuerte
Que yo quite á otros la muerte,
Para que me la deis vos.
Por excusar el que hubiera
Escándalo en el lugar,
De su parte os vengo á hablar
(¡Oh nunca á hablaros viniera!),
Porque vuestra eleccion fuera
Árbitro de sus recelos,
Como juez de sus desvelos;
Pero ved que es gran rigor
Que yo componga su amor,
Y vos dispongais mis celos.
Hablaros, pues, ofrecí,
Señora, para que vos
Escogierais de los dos

Cuál quereis (¡infeliz fui!)
Que á vuestro padre (¡ay de mí!)
Os pida. Aquesto pretendo;
Pero ved (estoy muriendo)
Que es injusto (estoy temblando)
Que esté por ellos hablando,
Y que esté por mí sintiendo.
Justina.

De tal manera he extrañado
Vuestra vil proposicion,
Que el discurso y la razon
En un punto me han faltado.
Ni á Floro ocasion he dado
Ni á Lelio, para que así
Vos os atrevais aquí:
Y bien pudiérades vos
Escarmentar en los dos
Del rigor que vive en mí.
Ciprian.

Si yo, por haber querido
Vos á alguno, pretendiera
Vuestro favor, mi amor fuera
Necio, infame y mal nacido.
Ántes por haber vos sido
Firme roca á tantos mares,
Os quiero, y en los pesares

No escarmiento de los dos;
Que yo no quiero que vos
Me queráis por ejemplares.
¿Qué diré á Lelio?
Justina.

Que crea
Los costosos desengaños
De un amor de tantos años.
Ciprian.

¿Y á Floro?
Justina.

Que no me vea.
Ciprian.

¿Y á mí?
Justina.

Que osado no sea
Vuestro amor.
Ciprian.

¿Cómo, si es dios?
Justina.

¿Será más dios para vos,
Que para los dos lo ha sido?
Ciprian.

Sí.
Justina.

Pues ya yo he respondido

Á Lelio, á Floro y á vos.
(Vase, y tambien Cipriano.)

ESCENA X.

CLARIN, MOSCON, LIVIA.

Clarín.

Señora Livia.

Moscon.

Señora

Livia.

Clarín.

Aquí estamos los dos.

Livia.

Pues ¿qué quereis vos? Y vos

¿Qué quereis?

Clarín.

Que usted ahora,

Por si por dicha lo ignora,

Sepa que bien la queremos.

Para matarnos nos vemos;

Pero atentos á no dar

Escándalo en el lugar,

Que uno escoja pretendemos.

Livia.

Es tan grande el sentimiento

De que así me hayais hablado,

Que mi dolor me ha dejado

Sin razon ni entendimiento.

¡Que uno escoja! ¿Hay sufrimiento

En lance tan importuno?

¡Uno yo! ¿Pues oportuno

No es para tener (¡ay Dios!)

Este ingenio á un tiempo dos

Que quereis que escoja uno?

Clarín.

¿Dos á un tiempo, cómo quieres?

¿No te embarazaran dos?

Livia.

No, que de dos en dos los

Digerimos las mujeres.

Moscon.

¿De qué suerte te prefieres

Á eso?

Livia.

¡Qué necia porfía!

Queriéndôs la lealtad mia...

Moscon.

¿Cómo?

Livia.

Alternative.

Clarín.

Pues

¿Qué es *alternative*?

Livia.

Es

Querer á cada uno un día. (Vase.)

Moscon.

Pues yo escojo este primero.

Clarín.

Mayor será el de mañana:

Yo le doy de buena gana.

Moscon.

Livia, en fin, por quien yo muero,

Hoy me quiere, y hoy la quiero.

Bien es que tal dicha goce.

Clarín.

Oye usted, ya me conoce.

Moscon.

¿Por qué lo dice? Concluya.

Clarín.

Porque sepa que no es suya,

Así como den las doce. (Vase.)

Calle.

ESCENA XI.

FLORO y LELIO, *de noche, cada uno por su parte.*

Lelio.

(Para sí.) Apénas la oscura noche

Extendió su manto negro,

Cuando yo á adorar la esfera

De aquestos umbrales vengo;

Que aunque hoy por Cipriano

Tengo suspenso el acero,

No el afecto; que no pueden

Suspenderse los afectos.

Floro.

(Para sí.) Aquí me ha de hallar el alba;

Que en otra parte violento

Estoy, porque en fin, en otra

Estoy fuera de mi centro.

¡Quiera amor que llegue el día

Y la respuesta que espero

Con Cipriano, tocando

Ó la ventura ó el riesgo!

Lelio.

(Ap.) Ruido en aquella ventana

He sentido.

Floro.

(Ap.)Ruido han hecho
En aquel balcon.

ESCENA XII.

EL DEMONIO, *abriendo una ventana de casa de Lisandro.*—FLORO,
LELIO.

Lelio.

(Ap.)Un bulto
Sale dél, á lo que puedo
Distinguir.
Floro.

(Ap.)Gente se asoma
Á él, que entre sombras veo.
Demonio.

(Para sí.) Para las persecuciones
Que hacer en Justina intento,
Á disfamar su virtud
Desta manera me atrevo.
(Baja por una escalera.)
Lelio.

(Ap.) Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!
Floro.

(Ap.) Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!
Lelio.

(Ap.) El negro bulto se arroja

Ya desde el balcon al suelo.

Floro.

(Ap.) Un hombre es, que de su casa

Sale. No me mateis, celos,

Hasta que sepa quién es.

Lelio.

(Ap.) Reconocerle pretendo,

Y averiguar de una vez

Quién logra el bien que yo pierdo.

(Llegan los dos con las espadas desnudas á reconocer quién bajó.)

Demonio.

(Para sí.) No sólo he de conseguir

Hoy de Justina el desprecio,

Sino rencores y muertes.

Ya llegan: ábrase el centro,

Dejando esta confusion

A sus ojos.

(Húndese, y quedan frente á frente Floro y Lelio.)

ESCENA XIII.

FLORO, LELIO.

Lelio.

Caballero,

Quienquiera que seais, á mí
Me ha importado conoceros;
Y á todo trance restado
Con esta demanda vengo.
Decid quién sois.

Floro.

Si os obliga

A tan valiente despecho
Saber en quién ha caído
Vuestro amoroso secreto,
Más que á vos el conocerme,
Me importa á mí el conoceros;
Que en vos es curiosidad,
Y en mí más, porque son celos.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién es de la casa dueño,
Y quién á estas horas gana,
Por ese balcon saliendo,
Lo que yo pierdo llorando
A estas rejas!

Lelio.

¡Bueno es eso,

Querer deslumbrar ahora
La luz de mis sentimientos,

Atribuyéndome á mí
Delito que sólo es vuestro!
Quién sois tengo de saber,
Y dar muerte á quien me ha muerto
De celos, saliendo ahora
Por ese balcon.
Floro.

¡Qué necio
Recato, encubrirse, cuando
Está el amor descubriendo!
Lelio.

En vano la lengua apura
Lo que mejor el acero
Hará.
Floro.

Con él os respondo. (Riñen los dos.)
Lelio.

Quién ha sido, saber tengo,
Hoy el admitido amante
De Justina.
Floro.

Ese es mi intento.
Moriré, ó sabré quién sois.

ESCENA XIV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.—FLORO, LELIO.

Ciprian.

Caballeros, deteneos,

Si á aquesto puede obligaros

Haber llegado á este tiempo.

Floro.

Nada me puede obligar.

A que deje el fin que intento.

Ciprian.

¿Floro?

Floro.

Sí, que con la espada

En la mano, nunca niego

Mi nombre.

Ciprian.

A tu lado estoy;

Muera quien te ofende.

Lelio.

Ménos

Que temer me dareis todos,

Que él me daba solo.

Ciprian.

¿Lelio?

Lelio.

Sí.

Ciprian.

Ya no estoy á tu lado, (A Floro.)

Porque es fuerza estar en medio.

¿Qué es esto? ¡En un dia dos veces

He de hallarme á componeros!

Lelio.

Esta la última será,

Porque ya estamos compuestos;

Que con haber conocido

Quién es de Justina dueño,

No le queda á mi esperanza

Ni aún el menor pensamiento.

Si no has hablado á Justina,

Que no la hables te ruego

De parte de mis agravios

Y mis desdichas, habiendo

Visto que Floro merece

Sus favores en secreto.

Dese balcon ha bajado

De gozar el bien que pierdo;

Y no es mi amor tan infame,

Que haya de querer, atento

A celos averiguados,

Con desengaños tan ciertos. (Vase.)
Floro.

Espera.

ESCENA XV.

CIPRIANO, FLORO, MOSCON, CLARIN.

Ciprian.

No has de seguirle

(Ap. De haberle oído estoy muerto);

Que si es él el que ha perdido

Lo que has ganado, y dispuesto

A olvidar está, no es bien

Apurar su sufrimiento.

Floro.

Tú y él apurais el mío

Con estas cosas á un tiempo;

Y así, á Justina no hables

Por mí; que aunque yo pretendo

A costa de mis agravios

Vengarme de mis desprecios,

Ya la esperanza de ser

Suyo cesó, porque creo

Que no es noble el que porfía

Sobre averiguados celos. (Vase.)

ESCENA XVI.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

Ciprian.

(Ap. ¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?

¿El uno del otro á un tiempo

Unos mismos celos tienen?

¿Yo de uno y otro los tengo?

Los dos sin duda padecen

Algun engaño, y yo tengo

Que agradecerles, pues ya

Los dos desisten en esto

De su pretension. Desdichas,

Aunque haya sido consuelo

Este discurso, buscado

De mis ánsias, le agradezco.)

Moscon, prevenme mañana

Galas; Clarin, tráeme luego

Espada y plumas; que amor

Se regala en el objeto

Airoso y lucido; y ya,

Ni libros ni estudios quiero,

Porque digan que es amor

Homicida del ingenio. (Vanse.)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, MOSCON y CLARIN, *vestidos de gala.*

Ciprian.

(Ap. Altos pensamientos mios,

¿Dónde, dónde me traeis,

Si ya por cierto teneis

Que son locos desvaríos

Los que osados intentais,

Pues atreviendôs al cielo,

Precipitados de un vuelo

Hasta el abismo bajais?

Ví á Justina... ¡Á Dios pluguiera

Que nunca viera á Justina,

Ni en su perfeccion divina

La luz de la cuarta esfera!

Dos amantes la pretenden,

Uno del otro ofendido;

Y yo á dos celos rendido,

Aun no sé los que me ofenden:

Sólo sé que mis recelos
Me despeñan con sus furias
De un desden á las injurias,
De un agravio á los desvelos.
Todo lo demas ignoro,
Y en tan abrasado empeño,
Cielos, Justina es mi dueño,
Cielos, á Justina adoro.)

Moscon.
Moscon.

Señor.

Ciprian.

Vé si está

Lisandro en casa.

Moscon.

Es razon.

Clarín.

No es; yo iré, porque Moscon

Hoy no puede entrar allá.

Ciprian.

¡Oh qué cansada porfía

Siempre la de los dos fué!

¿Por qué no puede? ¿por qué?

Clarín.

Porque hoy, señor, no es su día;

Mío sí, y de buena gana

A dar el recado voy;
Que yo allá puedo entrar hoy,
Y Moscon no, hasta mañana.
Ciprian.

¿Qué nueva locura es esta,
Añadida al porfiar?
Ni tú ni él habeis de entrar
Ya, pues su luz manifiesta
Justina.
Clarín.

De fuera viene
Hacia su casa.

ESCENA II.

JUSTINA y LIVIA, *con mantos*.—CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

Justina.

¡Ay de mí!

Livia, Cipriano está aquí. (Ap. á ella.)

Ciprian.

(Ap. Disimular me conviene
De mis celos los desvelos,
Hasta apurarlos mejor.
Sólo la hablaré en mi amor,
Si lo permiten mis celos.)

No en vano, señora, ha sido
Haber el traje mudado,
Para que, como criado,
Pueda á vuestros piés rendido
Serviros. Á mereceros
Esto lleguen mis suspiros:
Dad licencia de serviros,
Pues no la dais de quereros.
Justina.

Poco, señor, han podido
Mis desengaños con vos,
Pues que no han podido...
Ciprian.

¡Ay Dios!
Justina.

Mereceros un olvido.
¿De qué manera quereis
Que os diga cuánto es en vano
La asistencia, Cipriano,
Que á mis umbrales teneis?
Si dias, si meses, si años,
Si siglos á ellos estais,
No espereis que á ellos oigais
Sino solos desengaños:
Porque es mi rigor de suerte,
De suerte mis males fieros,

Que es imposible quereros,
Cipriano, hasta la muerte. (Vase retirando.)
Ciprian.

(Siguiéndola.) La esperanza que me dais,
Ya dichoso puede hacerme.
Si en muerte habeis de quererme,
Muy corto plazo tomais.
Yo le acepto, y si á advertir
Llegais cuán presto ha de ser,
Empezad vos á querer,
Que ya empiezo yo á morir. (Vase Justina.)

ESCENA III.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN, LIVIA.

Clarín.

En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
Está de esqueleto vivo
Desengañando su amor,
Dáme los brazos.

Livia.

Paciencia

Ten, mientras que considero
Si es tu día; que no quiero

Encargar yo mi conciencia.—

Mártes sí, miércoles no.

Clarín.

¿Qué cuentas, pues ha callado

Moscon?

Livia.

Puede haberse errado,

Y no quiero errarme yo;

Porque no quiero, si arguyo

Que justicia he de guardar,

Condenarme por no dar

A cada uno lo que es suyo.—

Pero bien dices, tu día

Es hoy.

Clarín.

Pues dame los brazos.

Livia.

Con mil amorosos lazos.

Moscon.

¿Oye usarced, reina mía?

Bien ve usarced, con la gana

Que hoy aqueos lazos hace:

Dígoles porque me abrace

Con la misma á mí mañana.

Livia.

Excusada es la sospecha

De que á usted no satisfaga,
Ni quiera Júpiter que haga
Yo una cosa tan mal hecha
Como usar de demasía
Con nadie. Yo abrazaré
Con mucha equidad á usted
Cuando le toque su día. (Vase.)

ESCENA IV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

Clarín.

Por lo ménos, no he de vello

Yo.

Moscon.

Pues eso ¿qué ha importado?

¿Puede á mí haberme agraviado

Jamás, si reparo en ello.

Una moza que no es mia?

Clarín.

No.

Moscon.

Luego yo bien porfío

Que no ha sido en daño mio

Lo que no ha sido en mi día.
Mas ¿qué hace nuestro amo allí
Tan suspenso?
Clarín.

Por si á hablar
Llega algo, quiero escuchar.
Moscon.

Y yo también.
Ciprián.

¡Ay de mí!

(Al irse acercando cada uno por su lado. Cipriano con la acción les da á entrambos.)

¡Que tanto, amor, desconfíes!
Clarín.

¡Ay de mí!
Moscon.

¡Ay de mí! también.
Clarín.

Llamar á este sitio es bien
La isla de los ay-de-míes.
Ciprián.

¿Aquí estábades los dos?
Clarín.

Yo bien juraré que estaba.
Moscon.

Yo y todo.

Ciprian.

Desdicha, acaba

De una vez conmigo. ¡Ay Dios!

¿Vióse en tan nuevos extremos

El humano corazon? (Vanse.)

Campo.

ESCENA V.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.

Clarín.

¿Adónde vamos, Moscon?

Moscon.

En llegando lo sabremos

Pero fuera del lugar

Camina.

Clarín.

Excusado es

Salirnos al campo, pues

No tenemos que estudiar.

Ciprian.

Clarín, véte á casa.

Moscon.

¿Y yo?

Clarín.

¿Tú te habías de quedar?

Cipriano.

Los dos me habéis de dejar.

Clarín.

A entrambos nos lo mandó.

(Vanse Clarín y Moscón.)

ESCENA VI.

CIPRIANO.

Confusa memoria mía,

No tan poderosa estés,

Que me persuadas que es

Otra alma la que me guía.

Idólatra me cegué,

Ambicioso me perdí,

Porque una hermosura ví,

Porque una deidad miré;

Y entre confusos desvelos

De un equívoco rigor,

Conozco á quien tengo amor,

Y no de quien tengo celos.

Y tanto aquesta pasion
Arrastra mi pensamiento,
Tanto (¡ay de mí!) este tormento
Lleva mi imaginacion,
Que diera (despecho es loco,
Indigno de un noble ingenio)
Al más diabólico genio
(Harto al infierno provoco),
Ya rendido, y ya sujeto
Á penar y padecer,
Por gozar esta mujer,
Diera el alma.

ESCENA VII.

EL DEMONIO.—CIPRIANO.

Demonio.

(Dentro.) Yo la aceto.

(Suena ruido de truenos, con tempestad y rayos.)

Ciprian.

¿Qué es esto, cielos puros?

¡Claros á un tiempo, y en el mismo oscuros,

Dando al dia desmayos!

Los truenos, los relámpagos y rayos

Abortan de su centro
Los asombros que ya no caben dentro.
De nubes todo el cielo se corona,
Y preñado de horrores, no perdona
El rizado copete deste monte.
Todo nuestro horizonte
Es ardiente pincel del Mongibelo,
Niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.
¡Tanto ha que te dejé, filosofía,
Que ignoro los efectos deste día!
Hasta el mar sobre nubes se imagina
Desesperada ruina,
Pues cresco sobre el viento en leves plumas,
Le pasa por pavesas las espumas.
Naufragando una nave,
En todo el mar parece que no cabe;
Pues el amparo más seguro y cierto
Es cuando huye la piedad del puerto.
El clamor, el asombro y el gemido
Fatal presagio han sido
De la muerte que espera; y lo que tarda
Es porque esté muriendo lo que aguarda.
Y aún en ella también vienen portentos;
No son todos de cielos y elementos.
Sin duda se vistió de la tormenta[5].

Á chocar con la tierra
Viene. Ya no es del mar sólo la guerra,
Pues la que se le ofrece,
Un peñasco le arrima en que tropiece,
Porque la espuma en sangre se salpique.
(Suenan la tempestad, y dan voces dentro.)

Voces.

(Dentro.) Que nos vamos á pique.

Demonio.

En una tabla quiero (Dentro.)

Salir á tierra, para el fin que espero.

Ciprian.

Porque su horror se asombre,

Burlando su poder, escapa un hombre,

Y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,

El camarín de los tritones busca,

Y en crespillo remolino,

Es cadáver del mar, cascado el pino.

(Sale el Demonio, mojado, como que sale del mar.)

Demonio.

(Para sí. Para el prodigio que intento,

Hoy me ha importado fingir

Sobre campos de zafir,

Este espantoso portentoso;

Y en forma desconocida

De la que otra vez me vió,

Cuando en este monte yo
Miré mi ciencia excedida,
Vengo á hacerle nueva guerra,
Valiéndome así mejor
De su ingenio y de su amor.)
Dulce madre, amada tierra,
Dáme amparo contra aquel
Monstruo que de sí me arroja.
Ciprian.

Pierde, amigo, la congoja
Y la memoria cruel
De tu reciente fortuna,
Viendo en tu mayor trabajo
Que no hay firme bien debajo
De los cercos de la luna.
Demonio.

¿Quién eres tú, á cuyas plantas
Mi fortuna me ha traído?
Ciprian.

Quien, de la piedad movido
De penas y ruinas tantas,
Serte de alivio quisiera.
Demonio.

Imposible vendrá á ser;
Que no le puedo tener
Yo jamás.

Ciprian.

¿De qué manera?

Demonio.

Todo mi bien he perdido...

Pero sin razon me quejo,

Pues ya con la vida dejo

Mis memorias al olvido.

Ciprian.

Ya que de aquel torbellino

El terremoto cesó,

Y el cielo á su paz volvió,

Manso, quieto y cristalino,

Con tal priesa, que su grave

Enojo nos da á entender

Que sólo debió de ser

Hasta sumergir tu nave,

Díme quién eres, siquiera

Por la piedad que me das.

Demonio.

Más de lo que has visto y más

De lo que decir pudiera,

Me cuesta el llegar aquí;

Que en mi fortuna cruel,

La menor es del bajel.

¿Quieres ver si es cierto?

Ciprian.

Sí.

Demonio.

Yo soy, pues saberlo quieres,
Un epílogo, un asombro
De venturas y desdichas,
Que unas pierdo y otras lloro.
Tan galan fuí por mis partes,
Por mi lustre tan heroico,
Tan noble por mi linaje
Y por mi ingenio tan docto,
Que aficionado á mis prendas
Un rey, el mayor de todos
(Puesto que todos le temen,
Si le ven airado el rostro),
En su palacio cubierto
De diamantes y piropos
(Y aún si los llamase estrella
Fuera el hipérbole corto),
Me llamó valido suyo,
Cuyo aplauso generoso
Me dió tan grande soberbia,
Que competí al regio solio,
Queriendo poner las plantas
Sobre sus dorados tronos.

Fué bárbaro atrevimiento:
Castigado lo conozco.
Loco anduve; pero fuera,
Arrepentido, más loco.
Más quiero en mi obstinacion
Con mis alientos briosos
Despeñarme de bizarro,
Que rendirme de medroso.
Si fueron temeridades,
No me ví en ellas tan solo,
Que de sus mismos vasallos
No tuviese muchos votos.
De su corte, en fin, vencido,
Aunque en parte victorioso,
Salí arrojando venenos
Por la boca y por los ojos,
Y pregonando venganzas,
Por ser mi agravio notorio,
Logrando en las gentes tuyas
Insultos, muertes y robos.
Los anchos campos del mar,
Sangriento pirata corro,
Argos ya de sus bajíos,
Y lince de sus escollos.
En aquel bajel que el viento

Desvaneció en leves soplos;
En aquel bajel que el mar
Convirtió en ruina sin polvo,
Esas campañas de vidrio
Hoy corria codicioso,
Hasta examinar un monte
Piedra á piedra y tronco á tronco;
Porque en él un hombre vive,
Y á buscarle me dispongo,
A que cumpla una palabra
Que el me ha dado y yo le otorgo.
Embistióme esta tormenta;
Y aunque pudo prodigioso
Mi ingenio enfrenar á un tiempo
Al euro, al cierzo y al noto,
No quise desesperado,
Por otras causas, por otros
Fines, convertirlos hoy
En regalados favonios.
(Ap. Que pude, dije, y no quise:
Aquí de su ingenio noto
Los riesgos, pues desta suerte
A mágicas le aficiono.)
No te espantes del despecho,
Ni del prodigio tampoco:

De aquel, porque yo con ira
Me diera muerte á mí propio;
Ni deste, porque con ciencias
Daré al sol pálido asombro.
Soy en la magia que alcanzo,
El registro poderoso
Desos orbes: línea á línea
Los he discurrido todos.
Y porque no te parezca
Que sin ocasion blasono,
Mira si á este mismo instante
Quieres que lo inculto y tosco
Deste Nembrot de peñascos,
Más bruto que el babilonio,
Te facilite lo horrible,
Sin que pierda lo frondoso.
Este soy, huérfano huésped
Destos fresnos, destos chopos;
Y aunque este soy, á tus plantas
Quiero pedirte socorro;
Y quiero en el que me dieres,
Librarte el bien que te compro
Con el afan de mi estudio,
Que en experiencias abono,
Trayéndote á tu albedrío

(Ap. Aquí en el amor le toco)
Cuanto te pida el deseo
Más avaro y codicioso.
Y en tanto que no le aceptes,
Ya de cortés, ya de corto,
Págate de los deseos,
Si es que en tí no los malogro;
Que por la piedad que muestras
(Que agradezco y que conozco),
Seré tu amigo tan firme,
Que ni el repetido monstruo
De sucesos, la fortuna,
Que entre baldones y elogios,
Próspera y adversa muestra
Lo avaro y lo generoso;
Ni en su continúa tarea
Corriendo y volando á tornos
El tiempo, iman de los siglos;
Ni el cielo, ni el cielo propio,
A cuyos astros el mundo
Debe el bellísimo adorno,
Tendrán poder de apartarme
De tu lado un punto sólo,
Como aquí me des amparo;
Y aún todo aquesto es muy poco

Para lo que yo intereso,
Si mis pensamientos logro.
Ciprian.

Puedo decir que al mar albricias pido
De que te hayas perdido,
Y á este monte llegaras,
Donde verás bien claras
Muestras de la amistad que ya te ofrezco,
Si feliz por mi huésped te merezco:
Y así, vénte conmigo;
Que he de estimarte por seguro amigo.
Mi huésped has de ser mientras quisieres
Servirte de mi casa.
Demonio.

¿Ya me quieres
Por tuyo?
Ciprian.

Con los brazos
Firme nuestra amistad eternos lazos.
(Ap. ¡Oh si á alcanzar llegase
Que aqueste hombre la magia me enseñase!
Pues con ella quizá mi amor podria
En parte divertir la pena mia;
O podria mi amor quizá con ella
En todo conseguir la causa bella
De mi rabia, mi furia y mi tormento.)

Demonio.

(Ap.) Ya al ingenio y amor le miro atento.

ESCENA VIII.

CLARIN y MOSCON, *cada uno por su parte, corriendo*.—CIPRIANO,
EL DEMONIO.

Clarín.

¿Estás vivo, señor?

Moscon.

(A Clarín.) ¡Civilidades

Gastas por novedades!

Claro está, pues le miras, que está vivo.

Clarín.

He usado deste modo admirativo

Para ponderación, noble lacayo,

Del milagro que fué no darle un rayo

De tantos como vió aquesta montaña.

Moscon.

Pues el mirarlo ¿no te desengaña?

Ciprian.

Estos son mis criados.—

¿A qué volveis?

Moscon.

A darte más enfados.

Demonio.

Tienen alegre humor.

Ciprian.

A mí me tienen

Cansado, porque siempre necios vienen.

Moscon.

¿Quién es aqueste hombre,

Señor?

Ciprian.

Un huésped mio, no os asombre.

Clarín.

¿Para qué quieres huéspedes ahora?

Ciprian.

(Al Demonio) Lo que merece tu valor ignora.

Moscon.

Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?

Clarín.

No; pero tiene talle

El tal huésped, si acaso no me engaño,

De estarse en casa un año y otro año.

Moscon.

¿De qué lo infieres?

Clarín.

Cuando aprisa pasa

Un huésped, decir suelen: «No hará en casa

Mucho humo;» y de aqueste...
Moscon.

Dí.

Clarín.

Presumo...

Moscon.

¿Qué?

Clarín.

Que ha de hacer en casa mucho humo.

Ciprián.

Para que te repares

De las iras del mar y tus pesares,

Vénte conmigo.

Demonio.

Voy á obedecerte.

Ciprián.

Tu descanso procuro.

Demonio.

(Ap.)Yo tu muerte.

Y pues ya he conseguido

El mirarme contigo introducido,

Ir á alterar mi saña determina

De otra suerte también la de Justina.

(Vanse Cipriano y el Demonio.)

Clarín.

¿No sabes qué he pensado?

Moscon.

¿Qué?

Clarín.

Que del terremoto ha reventado

Algun volcán; que mucho azufre he oído.

Moscon.

Que es el huésped á mí me ha parecido.

Clarín.

Malas pastillas gasta. Mas ya infiero

La causa.

Moscon.

¿Qué es?

Clarín.

El pobre caballero

Debe de tener sarna, y hase untado

Con ungüento de azufre.

Moscon.

En ello has dado.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA IX.

LELIO, FABIO.

Fabio.

En fin, ¿vuelves á esta calle?

Lelio.

La vida en ella perdí,

Y vuelvo á buscarla aquí:

Quiera amor que yo la halle.

¡Ay de mí!

Fabio.

A la puerta estás

De la casa de Justina.

Lelio.

¿Qué importa, si hoy determina

Mi amor declararse más?

Que pues á ver he llegado

Que á otro de noche se fía,

No es mucho que yo de dia

Desahogue mi cuidado.

Retírate tú, porque

El entrar solo es mejor.

Mi padre es gobernador

De Antioquía: bien podré

Con este aliento y la furia

Que á despeñarme camina,
En casa entrar de Justina,
Y quejarme de su injuria. (Vanse.)

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA X.

JUSTINA; *y luego*, LELIO.

Justina.

Livia... Mas ¿quién está al paso?

(Sale Lelio.)

Lelio.

Yo soy.

Justina.

Pues ¿qué novedad,

Señor, qué temeridad

Obliga?...

Lelio.

Cuando me abraso

Tanto, á mis celos sujeto,

No lo he de estar á tu honor.

Perdona, que con mi amor

Ha espirado tu respeto.

Justina.

¿Pues cómo tan atrevido

Osas...

Lelio.

Como estoy furioso.

Justina.

Entrar...

Lelio.

Como estoy celoso.

Justina.

Aquí...

Lelio.

Como estoy perdido.

Justina.

Sin advertir y sin ver

El escándalo que da

Que?...

Lelio.

No te aflijas, pues ya

Tienes poco que perder.

Justina.

Mira, Lelio, mi opinion.

Lelio.

Justina, eso mejor fuera

Que tu voz se lo dijera

A quien por ese balcon
Sale de noche. No quiero
Más de que sepas que sé
Tus liviandades, por que
Ménos ingrato y severo
Tu honor esté con mi amor;
Que es tu desden más injusto
Porque tienes otro gusto,
Que porque tienes honor.
Justina.

Calla, calla, no hables más.

¿Quién en mi casa se atreve,
Ni quién en mi ofensa mueve
Paso y voz? ¿Tan ciego estás,
Tan atrevido, tan loco,
Que con fingidas quimeras
Eclipsar las luces quieras
Que aún al sol tienen en poco?
¿Hombre de mi casa...

Lelio.

Sí.

Justina.

Por mi balcon?...

Lelio.

Mi dolor

Lo diga, ingrata.

Justina.

¡Ay honor!

Volved por vos y por mí.

ESCENA XI.

EL DEMONIO, *por la puerta que está á espaldas de Justina.*—Dichos.

Demonio.

(Ap.) Acudiendo mi furor

A los dos cargos que tengo,

A esta casa á entablar vengo

El escándalo mayor

Del mundo; y pues ya este amante

Tan despechado y tan ciego

Está, avívese su fuego.

Ponerme quiero delante,

Y como huyendo, despues

De ser visto, retirarme.

(Hace como que va á salir, y en viéndole Lelio, se reboza y vuelve á entrarse.)

Justina.

Hombre, ¿vienes á matarme?

Lelio.

No, sino á morir.

Justina.

¿Qué ves,

Que de nuevo te has mudado?

Lelio.

Los engaños tuyos veo.

Dí ahora que mi deseo

Mis ofensas ha inventado.

Un hombre deste aposento

Iba á salir: como vió

Gente, embozado volvió

A retirarse.

Justina.

En el viento

Te finge tu fantasía

Ilusiones.

Lelio.

¡Pena brava!

Justina.

¿Pues de noche no bastaba,

Lelio, mas tambien de dia

La luz quieres engañar?

Lelio.

Si es engaño ó no es engaño,

Así veré el desengaño.

(Éntrase por donde estaba el Demonio.)

Justina.

No te lo quiero excusar.

Porque la inocencia mia,
A costa desta licencia,
Desvanezca la apariencia
De la noche con el dia.

ESCENA XII.

LISANDRO.—JUSTINA; LELIO, *dentro*.

Lisand.

Justina.

Justina.

(Ap.)Esto me faltaba.

¡Ay de mí, si Lelio sale,
Estando Lisandro aquí!

Lisand.

Mis desdichas, mis pesares
Vengo á consolar contigo.

Justina.

¿Qué tienes, que en el semblante
Muestras disgusto y tristeza?

Lisand.

No es mucho, cuando se rasgue
El corazon. Con el llanto

Pasar no puedo adelante.
(Aparece Lelio á la puerta del cuarto.)

Lelio.

(Ap.) Ahora acabo de creer
Que sombra los celos hacen,
Pues no está en este aposento,
Ni tuvo por dónde echarse
El hombre que ví.
Justina.

(Ap. á Lelio.)No salgas,
Lelio, que está aquí mi padre.
Lelio.

Esperaré á que se ausente,
Convalecido en mis males. (Retírase.)
Justina.

¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?
¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?
Lisand.

Tengo el dolor más sensible,
Traigo la pena más grave
Que vió la tierna piedad,
Para ejemplos miserables,
Con que la crueldad se baña
De tanta inocente sangre.
Al Gobernador envía
El César Decio inviolable

Un decreto... Hablar no puedo.
Justina.

(Ap.) ¿Quién vió pena semejante?

Lisandro, compadecido
De los cristianos ultrajes,
Conmigo habla, sin saber
Que Lelio puede escucharle,
Hijo del Gobernador.
Lisand.

En fin, Justina...

Justina.

No pases,
Señor, si así has de sentirlo,
Con el discurso adelante.
Lisand.

Déjame que le repita;
Que contigo, es aliviarle.
En él manda...
Justina.

No prosigas,
Cuando es tan justo que engañes
Tu vejez con más sosiego.
Lisand.

Cuando, porque me acompañes
En los sentimientos vivos
Que bastan para matarme,

Te doy cuenta del decreto
Más cruel que vió la márgen
Del Tiber, con sangre escrito
Para manchar sus cristales,
¡Me diviertes! De otra suerte
Solias, Justina, escucharme
Estas lástimas.
Justina.

Señor,

No son los tiempos iguales.

Lelio.

(Ap. al paño.) No oigo todo lo que hablan,
Sino destroncado á partes.

ESCENA XIII.

FLORO, JUSTINA, LISANDRO; LELIO, *al paño*.

Floro.

(Ap.) Licencia tiene un celoso
Que llega á desengañarse
De una hipócrita virtud,
Sin que más respetos guarde.
Con este intento hasta aquí...
Mas con ella está su padre:
Esperaré otra ocasion.

Lisand.

¿Quién pisa aquestos umbrales?

Floro.

(Ap. Ya no es posible iay de mí!

Que me vuelva sin hablarle.

Daréle alguna disculpa.)

Yo soy...

Lisand.

¿Tú en mi casa?

Floro.

A hablarte

Vengo, si me das licencia,

Sobre un negocio importante.

Justina.

(Ap.) Duélete de mí, fortuna;

Que son estos muchos lances.

Lisand.

Pues ¿qué mandas?

Floro.

(Ap.) ¿Qué diré

Que deste empeño me saque?

Lelio.

(Al paño.) ¡Floro en casa de Justina

Con libertad entra y sale!

Si son fingidos aquellos

Celos, ya estos son verdades.
Lisand.

Mudado traes el color.

Floro.

No te admires, no te espantes,
Que vengo á darte un aviso,
Que es á tu vida importante,
De un enemigo que tienes,
Que de tu muerte en alcance
Anda. Esto basta que diga.

Lisand.

(Ap. Sin duda que Floro sabe
Que yo soy cristiano, y viene
Con esta causa á avisarme
De mi peligro.) Prosigue,
Y nada, Floro, me calles.

ESCENA XIV.

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO, FLORO; LELIO, *al paño*.

Livia.

Señor, el Gobernador
Me ha mandado que te llame,
Y á la puerta está esperando.
Floro.

Mejor será que yo aguarde:

(Ap. Pensaré en tanto el engaño)

Y así es bien que le despaches,

Lisand.

Estimo tu cortesía.

Aquí volveré al instante.

(Vasen Lisandro y Livia.)

ESCENA XV.

JUSTINA, FLORO; LELIO, *al paño*.

Floro.

¿Eres tú la virtuosa

Que á las lisonjas süaves

Del templado viento llamas

Descomedidos ultrajes?

Pues ¿cómo de tu recato

Y de tu casa las llaves

Rendiste?

Justina.

Floro, detente:

No tan descortés agravies

Opinion de quien el sol

Hizo el más costoso exámen

De pura y limpia.
Floro.

Ya llega

Aquesa vanidad tarde,
Pues ya yo sé á quién has dado
Libre entrada...

Justina.

¿Qué así hables?

Floro.

Por un balcon.

Justina.

No pronuncies...

Floro.

A tu honor...

Justina.

¿Que así me trates?

Floro.

Sí, que no merecen más
Hipócritas humildades.

Lelio.

(Ap.) Floro no fué el del balcon.

Sin duda que hay otro amante,
Puesto que ni él ni yo fuimos.

Justina.

Pues tienes ilustre sangre,
No ofendas nobles mujeres.

Floro.

¡Que noble mujer te llames,
Cuando á tus brazos le admites,
Y por tus balcones sale!
Rindióte el poder; que como
Es gobernador su padre,
Te llevó la vanidad
De ver que á Antioquía mande...
Lelio.

(Ap.) De mí habla.

Floro.

Sin mirar

Otros defectos más grandes,
Que la autoridad encubre
En sus costumbres y sangre.
Pero no...

(Sale Lelio.)

Lelio.

Floro, detente,

Y no en mi ausencia me agravies;
Que hablar del competidor
Mal, es de pechos cobardes.
Y salgo á que no prosigas,
Corrido de tantos lances
Como contigo he tenido,

Sin que en ninguno te mate.
Justina.

¿Quién, sin culpa, se vió nunca
En tan peligrosos lances?
Floro.

Cuanto yo de tí dijera
Detras, te diré delante,
Y es verdad no sospechosa.
(Empuñan las espadas.)
Justina.

Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?
Lelio.

Tomar la satisfaccion
Adonde escucho el desaire.
Floro.

Sustentaré lo que dije
Donde lo dije.
Justina.

¡Libradme,
Cielos, de tantas fortunas!
Floro.

Y yo sabré castigarte.

ESCENA XVI.

EL GOBERNADOR, LISANDRO, gente.—JUSTINA, LELIO, FLORO.

Todos los
que salen

Tenéos.

Justina.

¡Ay infelice!

Gobern.

¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante

Indicio espadas desnudas,

Para que pueda informarme?

Justina.

¡Qué desdicha!

Lisand.

¡Qué pesar!

Lelio.

Señor...

Gobern.

Baste, Lelio, baste.

¿Tú inquieto, siendo mi hijo?

¿Tú de mi favor te vales

Para alterar á Antioquía?

Lelio.

Señor, advierte...

Gobern.

Llevaldes;

Que no ha de haber excepcion,

Ni privilegios de sangre,

Para no igualar castigos,

Pues son las culpas iguales.

Lelio.

(Ap.) Celos traje, y llevo agravios.

Floro.

(Ap.) Penas á penas se añaden.

Gobern.

En diferentes prisiones,

Y con gente que los guarde,

A los dos tened.—Y vos,

Lisandro, ¿tan nobles partes

Es posible que mancheis,

Sufriendo?...

Lisand.

No, no os engañen

Deslumbradas apariencias,

Porque Justina no sabe

La ocasion.

Gobern.

¿Dentro en su casa

Quereis que viva ignorante,
Mozos ellos, y ella hermosa?
En peligro tan culpable
Me templo, porque no digan
Que sentencio como parte,
Siendo apasionado juez;
Mas vos que esto ocasionasteis,
Ya perdida la vergüenza,
Sé que volveréis á darme
Ocasión (que la deseo)
Para que nos desengañen
De vuestra virtud mentida
Verdaderas liviandades.
(Vanse el Gobernador y la gente, con Lelio y Floro.)

ESCENA XVII.

JUSTINA, LISANDRO.

Justina.

Mis lágrimas os respondan.

Lisand.

Ya lloras sin fruto y tarde.

¡Oh qué mal, Justina, hice

El día que á declararte

Llegué quién eras! ¡Oh nunca

Te contara que en la márgen
De un arroyo, en ese monte
Fuiste parto de un cadáver!
Justina.

Yo...

Lisand.

No des satisfacciones.

Justina.

Los cielos han de abonarme.

Lisand.

¡Qué tarde será!

Justina.

No hay plazo

Que en la vida llegue tarde.

Lisand.

Para castigar delitos.

Justina.

Para acrisolar verdades.

Lisand.

Por lo que ví te condeno.

Justina.

Yo á tí por lo que ignoraste.

Lisand.

Déjame, que voy muriendo,

Donde mi dolor me acabe.

Justina.

Pierda yo á tus piés la vida;
Pero no me desampares. (Vanse.)

Sala en casa de Cipriano. En el fondo una galería por donde se ve el campo.

ESCENA XVIII.

CIPRIANO, EL DEMONIO, MOSCON, CLARIN.

Demonio.

Desde que en tu casa entré,
Te he visto sin alegría:
Profunda melancolía
En tu semblante se ve.
Tu alivio no es bien que estorbes,
Queriéndomelo ocultar,
Pues sabré destachonar
La clavazon de los orbes,
Por solo el menor deseo
Que te ofenda y te fatigue.
Ciprian.

No habrá mágica que obligue
Al imposible que veo:
Son mis ánsias infelices.

Demonio.

Tu amistad me las confiese.

Ciprian.

Quiero á una mujer.

Demonio.

¿Y es ese

El imposible que dices?

Ciprian.

Si tú supieras quién es.

Demonio.

Curiosa atencion te doy,

Miéntras que burlando estoy

De que tan cobarde estés.

Ciprian.

La hermosa cuna temprana

Del infante sol que enjuga

Lágrimas cuando madruga,

Vestido de nieve y grana;

La verde prision ufana

De la rosa cuando avisa

Que ya sus jardines pisa

Abril, y entre mansos hielos

Al alba es llanto en los cielos,

Lo que es en los campos risa;

El detenido arroyuelo,

Que el murmurar más süave
Aun entre dientes no sabe,
Porque se los prende el hielo;
El clavel, que en breve cielo
Es estrella de coral;
El ave, que liberal
Vestir matices presuma,
Veloz cítara de pluma,
Al órgano de cristal;
El risco que al sol engaña,
Si á derretirle se atreve,
Pues gastándole la nieve,
No le gasta la montaña;
El laurel que el pié se baña
Con la nieve que atropella,
Y verde Narciso della,
Burla sin temer desmayos,
En esta parte los rayos,
Y los hielos en aquella;
Al fin, cuna, grana, nieve,
Campo, sol, arroyo, rosa,
Ave que canta amorosa,
Risa que aljófares llueve,
Clavel que cristales bebe,
Peñasco sin deshacer,

Y laurel que sale á ver
Si hay rayos que le coronen,
Son las partes que componen
A esta divina mujer.
Estoy tan ciego y perdido,
Porque mi pena te asombre,
Que por parecer á otro hombre,
Me engañé con el vestido.
Mis estudios dí al olvido
Como al vulgo mi opinion,
El discurso á mi pasion,
A mi llanto el sentimiento,
Mis esperanzas al viento,
Y al desprecio mi razon.
Dije (y haré lo que dije)
Que ofreciera liberal
El alma á un genio infernal
(De aquí mi pasion colige),
Porque este amor que me aflige
Premiase con merecella;
Pero es vana mi querella,
Tanto que presumo que es
El alma corto interes,
Pues no me la dan por ella.
Demonio.

¿Tu valor ha de seguir

Los pasos desesperados
De amantes que se acobardan
En los primeros asaltos?
¿Tan léjos ejemplos viven
De bellezas que postraron
Su vanidad á los ruegos,
Su altivez á los halagos?
¿Quieres lograr tus deseos,
Siendo su prision tus brazos?
Ciprian.

¿Eso dudas?

Demonio.

Pues envía

Allá fuera esos criados,
Y quedemos los dos solos.
Ciprian.

Idos allá fuera entrambos.

Moscon.

Yo obedezco.

Clarín.

Y yo también.

(Ap. El tal huésped es el diablo.) (Escóndese.)

Ciprian.

Ya se fueron.

Demonio.

(Ap.) Poco importa

Que Clarin se haya quedado.

ESCENA XIX.

CIPRIANO, EL DEMONIO; CLARIN, *escondido*.

Ciprian.

¿Qué quieres ahora?

Demonio.

Esa puerta

Cierra.

Ciprian.

Ya solos estamos.

Demonio.

Por gozar á esta mujer

Aquí dijeron tus labios

Que darás el alma.

Ciprian.

Sí.

Demonio.

Pues yo te acepto el contrato.

Ciprian.

¿Qué dices?

Demonio.

Que yo le acepto.

Ciprian.

¿Cómo?

Demonio.

Como puedo tanto,

Que te enseñaré una ciencia

Con que podrás á tu mando

Traer la mujer que adoras;

Que yo, aunque tan docto y sabio,

Traerla para otro no puedo.

Las escrituras hagamos

Ante nosotros dos mismos.

Ciprian.

¿Quieres con nuevos agravios

Dilatar las penas mias?

Lo que ofrecí está en mi mano,

Pero lo que tú me ofreces

No está en la tuya, pues hallo

Que sobre el libre albedrío

Ni hay conjuros ni hay encantos.

Demonio.

Hazme la cédula tú

Con tal condicion.

Clarín.

(Ap. al paño.) ¡Mal año!

Segun lo que ahora he visto,

No es muy bobo aqeste diablo.

¡Yo darle cédula! Aunque

Se me estuvieran mis cuartos

Sin alquilar veinte siglos,

No la hiciera.

Ciprian.

Los engaños

Son para alegres amigos,

No para desconfiados.

Demonio.

Quiero darte en testimonio

De lo que yo puedo y valgo,

Algun indicio, aunque sea

De mi poder breve rasgo.

¿Qué ves desta galería?

Ciprian.

Mucho cielo y mucho prado,

Un bosque, un arroyo, un monte.

Demonio.

¿Qué es lo que más te ha agradado?

Ciprian.

El monte, porque es, en fin,

De la que adoro retrato.

Demonio.

Soberbio competidor

De la estacion de los años,

Que te coronas de nubes,
Por bruto rey de los campos,
Deja el suelo, mide el viento:
Mira que soy quien te llamo.
Y mira tú si á una dama
Traerás, si yo á un monte traigo.
(Múdase un monte de una parte á otra en el fondo del teatro.)
Ciprian.

¡No ví más confuso asombro!
¡No ví prodigio más raro!
Clarín.

(Ap.) Con el espanto y el miedo
Estoy dos veces temblando.
Ciprian.

Pájaro que al viento vuelas,
Siendo tus plumas tus ramos;
Bajel que en el viento sulcas,
Siendo jarcias tus penachos,
Vuélvete á tu centro, y deja
La admiracion y el espanto.
(Vuélvese el monte á su lugar primero.)
Demonio.

Si esta no es prueba bastante,
Pronuncien otra mis labios.
¿Quieres ver esa mujer
Que adoras?

Ciprian.

Sí.

Demonio.

Pues rasgando

Las duras entrañas, tú,
Monstruo de elementos cuatro,
Manifiesta la hermosura
Que en tu oscuro centro guardo.

(Abrese un peñasco, y aparece Justina durmiendo.)

¿Es aquella la que adoras?

Ciprian.

Aquella es la que idolatro.

Demonio.

Mira si dártela puedo,

Pues donde quiera la traigo.

Ciprian.

Divino imposible mio,

Hoy serán centro tus brazos
De mi amor, bebiendo el sol
Luz á luz y rayo á rayo.

Demonio.

Detente, que hasta que firmes

La palabra que me has dado,
No puedes tocarla.

(Quiere llegar, y ciérrase el peñasco.)

Ciprian.

Espera,

Parda nube del más claro

Sol que amaneció á mis dichas.—

Mas con el viento me abrazo.—

Ya creo tus ciencias, ya

Confieso que soy tu esclavo.

¿Qué quieres que haga por tí?

¿Qué me pides?

Demonio.

Por resguardo

Una cédula firmada

Con tu sangre y de tu mano.

Clarín.

(Ap.) El alma le diera yo,

Por no haberme aquí quedado.

Ciprian.

Pluma será este puñal,

Papel este lienzo blanco,

Y tinta para escribirlo

La sangre es ya de mis brazos.

(Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose sacado sangre de un brazo.)

(Ap. ¡Qué hielo! ¡qué horror! ¡qué asombro!)

Digo yo el gran Cipriano,

Que dará el alma inmortal

(¡Qué frenesí! ¡qué letargo!)

A quien me enseñare ciencias

(¡Qué confusiones! ¡qué espantos!)

Con que pueda atraer á mí

A Justina, dueño ingrato:

Y lo firmé de mi nombre.

Demonio.

(Ap. Ya se rindió á mis engaños

El homenaje valiente,

Donde estaban tremolando

El discurso y la razon.)

¿Has escrito?

Ciprian.

Sí, y firmado.

Demonio.

Pues tuyo es el sol que adoras.

Ciprian.

Tuya por eternos años

Es el alma que te ofrezco.

Demonio.

Alma con alma te pago,

Pues por la tuya te doy

La de Justina.

Ciprian.

¿Qué tanto

Término para enseñarme

La magia tomas?
Demonio.

Un año,
Con condicion...
Ciprian.

Nada temas.
Demonio.

Que en una cueva encerrados,
Sin estudiar otra cosa,
Hemos de vivir entrambos,
Sirviéndonos solamente
A los dos este criado, (Saca á Clarin.)
Que curioso se quedó,
Pues con nosotros llevando
Su persona, este secreto
Desta suerte aseguramos.
Clarin.

(Ap.) ¡Oh nunca yo me quedara!
¿Que habiendo vecinos tantos
Que acechen, no haya demonio
Que venga al punto á llevarlos?
Ciprian.

Está bien. Dos dichas juntas
Ingenio y amor lograron,
Pues Justina será mia,
Y yo vendré á ser espanto

Del mundo con nuevas ciencias.
Demonio.

No salió mi intento vano.

Clarín.

El mío sí.

Demonio.

Ven con nosotros.

(Ap. Ya vencí el mayor contrario.)

Ciprián.

Dichosos sereis, deseos,

Si tal posesión alcanzo.

Demonio.

(Ap. No ha de sosegar mi envidia

Hasta que los gane á entrambos.)

Vamos, y de aqueste monte

En lo oculto y lo intrincado

Oirás la primer lición

Hoy de la mágica.

Ciprián.

Vamos,

Que con tal maestro mi ingenio,

Mi amor con dueño tan alto,

Eterno será en el mundo

El mágico Cipriano.

JORNADA TERCERA.

Bosque. En el fondo una gruta.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO.

Ingrata beldad mia,

Llegó el feliz, llegó el dichoso día,

Línea de mi esperanza,

Término de mi amor y tu mudanza,

Pues hoy será el postrero

En que triunfar de tu desden espero.

Este monte elevado

En sí mismo al alcázar estrellado,

Y aquesta cueva oscura,

De dos vivos funesta sepultura,

Escuela ruda han sido

Donde la docta mágica he aprendido,

En que tanto me muestro,

Que puedo dar lección á mi maestro.

Y viendo ya que hoy una vuelta entera

Cumple el sol de una esfera en otra esfera,
A examinar de mis prisiones salgo
Con la luz lo que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
Atended á mis mágicos conjuros;
Blandos aires veloces,
Parad al sabio estruendo de mis voces;
Gran peñasco violento,
Estremécete al ruido de mi acento;
Duros troncos vestidos,
Asombráos al horror de mis gemidos;
Floridas plantas bellas,
Al eco os asustad de mis querellas;
Dulces sonoras aves,
La accion temed de mis prodigios graves;
Bárbaras, crueles fieras,
Mirad las señas de mi afan primeras,
Porque ciegos, turbados,
Suspendidos, confusos, asustados,
Cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,
Fieras y aves, esteis de ciencias tantas;
Que no ha de ser en vano
El estudio infernal de Cipriano.

ESCENA II.

EL DEMONIO.—CIPRIANO.

Demonio.

Cipriano.

Ciprian.

¡Oh sabio maestro mio!

Demonio.

¿A qué, usando otra vez de tu albedrío,

Más que de mi preceto,

Con qué fin, por qué causa, y á qué efeto,

Osado ó ignorante,

Sales á ver del sol la faz brillante?

Ciprian.

Viendo que ya yo puedo

Al infierno poner asombro y miedo,

Pues con tanto cuidado

La mágica he estudiado,

Que aún tú mismo no puedes

Decir, si es que me igualas, que me excedes;

Viendo que ya no hay parte

Della, que con fatiga, estudio y arte

Yo no la haya alcanzado,

Pues la nigromancia he penetrado,

Cuyas líneas oscuras

Me abrirán las funestas sepulturas,
Haciendo que su centro
Aborte los cadáveres, que dentro
Tiranamente encierra
La avarienta codicia de la tierra,
Respondiendo por puntos
A mis voces los pálidos difuntos;
Y viendo, en fin, cumplida
La edad del sol que fué plazo á mi vida,
Pues corriendo veloz á su discurso,
Con el rápido curso,
Los cielos cada dia,
Retrocediendo siempre á la porfía
Del natural, en que se juzga extraño,
El término fatal cumple hoy del año;
Lograr mis ánsias quiero,
Atrayendo á mi voz el bien que espero.
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,
Hoy la hermosa Justina,
En repetidos lazos
Llamada de mi amor, vendrá á mis brazos;
Que permitir no creo
De dilacion un punto á mi deseo.
Demonio.
Ni yo que le permitas
Quiero, si es este el fin que solicitas.

Con caracteres mudos
La tierra línea pues, y con agudos
Conjuros hiere el viento,
A tu esperanza y á tu amor atento.
Ciprian.

Pues allí me retiro,
Donde verás que cielo y tierra admiro.
(Vase.)
Demonio.

Y yo te doy licencia,
Porque sé de tu ciencia y de mi ciencia
Que el infierno inclemente,
A tus invocaciones obediente,
Podrá por mí entregarte
A la hermosa Justina en esta parte;
Que aunque el gran poder mio
No puede hacer vasallo un albedrío,
Puede representalle
Tan extraños deleites, que se halle
Empeñado á buscarlos,
Y inclinarlos podré, si no forzarlos.

ESCENA III.

CLARIN.—EL DEMONIO.

Clarín.

Ingrata deidad mía,

No Livia ardiente, sino Livia fría,

Llegó el plazo en que espero

Alcanzar si tu amor es verdadero;

Pues ya sé lo que basta

Para ver si eres casta, ó haces casta;

Que con tanto cuidado

Aquí la ciencia mágica he estudiado,

Que por ella he de ver (¡ay de mí triste!)

Si con Moscón acaso me ofendiste.

Aguados cielos (ya otro dijo puros),

Atended á mis lóbregos conjuros:

Montes...

Demonio.

Clarín, ¿qué es eso?

Clarín.

¡Oh sabio maestro!

Por la concomitancia estoy tan diestro

En la magia, que quiero ver por ella

Si Livia, tan ingrata como bella,

Comete alguna vez superchería

En la fatal estancia de mi día.

Demonio.

Deja aquesas locuras,

Y en lo intrincado desas peñas duras
Asiste á tu señor, para que veas
(Si tanta admiracion lograr deseas)
El fin de su cuidado;
Que solo quiero estar.
Clarín.

Yo acompañado.

Y si no he merecido
Haber las ciencias tuyas aprendido,
Porque, en fin, no te he hecho
Cédula con la sangre de mi pecho,
En este lienzo ahora (Saca un lienzo sucio.)
(Nunca le trae más limpio quien bien llora)
La haré, para que más te escandalices,
Dándome un mojicon en las narices;
Que no será embarazo
Salir de las narices ú del brazo.
(Escribe en el lienzo con el dedo, habiéndose hecho sangre.)

Digo yo, el gran Clarín, que si merezco
Ver á Livia cruel, que al diablo ofrezco...
Demonio.

Ya digo que me dejes,
Y que con tu señor de mí te alejes.
Clarín.

Yo lo haré: no te alteres.
Pues que tomar mi cédula no quieres

Cuando darla procuro,
Sin duda que me tienes por seguro. (Vase.)

ESCENA IV.

EL DEMONIO.

Ea, infernal abismo,
Desesperado imperio de tí mismo,
De tu prision ingrata
Tus lascivos espíritus desata,
Amenazando ruina
Al vírgen edificio de Justina.
De mil torpes fantasmas que en el viento
Su casto pensamiento
Hoy se forme, su honesta fantasía
Se llene; y con dulcísima armonía
Todo provoque amores,
Los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos,
Que no sean de amor dulces despojos;
Nada oigan sus oídos,
Que no sean de amor tiernos gemidos;
Porque sin que defensa en su fe tenga,
Hoy á buscar á Cipriano venga,

De su ciencia invocada,
Y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
Callaré, porque empiece vuestro canto.
(Vase.)

ESCENA V.

JUSTINA; Música, *dentro*.

(Cantan dentro.)

Una voz.

*¿Cuál es la gloria mayor
De esta vida?*

Coro.

Amor, amor.

Una voz.

No hay sujeto en que no imprima

El fuego de amor su llama,

Pues vive más donde ama

El hombre, que donde anima.

Amor solamente estima

Cuanto tener vida sabe,

El tronco, la flor y el ave:

Luego es la gloria mayor

De esta vida...

Coro.

Amor, amor.

Justina.

(Asombrada y inquieta.)

Pesada imaginacion,

Al parecer lisonjera,

¿Cuándo te he dado ocasion

Para que desta manera

Aflijas mi corazon?

¿Cuál es la causa, en rigor,

Deste fuego, deste ardor,

Que en mí por instantes creces?

¿Qué dolor el que padece

Mi sentido?

Coro.

(Dentro.) *Amor, Amor.*

Justina.

(Sosegándose.) Aquel ruiseñor amante

Es quien respuesta me da,

Enamorando constante

A su consorte, que está

Un ramo más adelante.

Calla, ruiseñor; no aquí

Imaginar me hagas ya,

Por las quejas que te oí,

Cómo un hombre sentirá,
Si siente un pájaro así.
Mas no: una vid fué lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abraza
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en tus lazos,
Si así abrazan unas ramas,
Cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
Aquel girasol, que está
Viendo cara á cara al sol,
Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;
Que pensarán mis congojas,
Si así lloran unas hojas,
Como lloran unos ojos,
Cesa, amante ruiseñor;
Desúnete, vid frondosa;
Párate, inconstante flor,

U decid, ¿qué venenosa

Fuerza usais?

Coro.

(Dentro.) *Amor, Amor.*

Justina.

¡Amor! ¿A quién le he tenido

Yo jamás? Objeto es vano;

Pues siempre despojo han sido

De mi desden y mi olvido

Lelio, Floro y Cipriano.

¿A Lelio no desprecié?

¿A Floro no aborrecí?

Y á Cipriano ¿no traté

(Párase al nombrar á Cipriano, y desde allí habla inquieta otra vez.)

Con tal rigor, que de mí

Aborrecido, se fué

Donde dél no se ha sabido?

Mas (¡ay de mí!) ya yo creo

Que esta debe de haber sido

La ocasion con que ha podido

Atreverse mi deseo;

Pues desde que pronuncié

Que vive ausente por mí,

No sé (¡ay infeliz!), no sé

Qué pena es la que sentí.

(Sosiégase otra vez.)

Mas piedad sin duda fué
De ver que por mí olvidado
Viva un hombre, que se vió
De todos tan celebrado;
Y que á sus olvidos yo
Tanta ocasion haya dado.
(Vuelve á inquietarse.)

Pero si fuera piedad,
La misma piedad tuviera
De Lelio y Floro, en verdad;
Pues en una prision fiera
Por mí están sin libertad. (Sosiégase.)
Mas, ¡ay discursos! parad:
Si basta ser piedad sola,
No acompañeis la piedad;
Que os alargais de manera
Que no sé (¡ay de mí!), no sé
Si ahora á buscarle fuera,
Si adonde él está supiera.

ESCENA VI.

EL DEMONIO.—JUSTINA.

Demonio.

Ven, que yo te lo diré.

Justina.

¿Quién eres tú, que has entrado

Hasta este retrete mio,

Estando todo cerrado?

¿Eres monstruo que ha formado

Mi confuso desvarío?

Demonio.

No soy sino quien, movido

Dese afecto que tirano

Te ha postrado y te ha vencido,

Hoy llevarte ha prometido

Adonde está Cipriano.

Justina.

Pues no lograrás tu intento;

Que esta pena, esta pasion

Que afligió mi pensamiento,

Llevó la imaginacion,

Pero no el consentimiento.

Demonio.

En haberlo imaginado,

Hecho tienes la mitad:

Pues ya el pecado es pecado

No pares la voluntad,

El medio camino andado.

Justina.

Desconfiarme es en vano,

Aunque pensé; que aunque es llano

Que el pensar es empezar,

No está en mi mano el pensar,

Y está el obrar en mi mano.

Para haberte de seguir,

El pié tengo de mover,

Y esto puedo resistir,

Porque una cosa es hacer

Y otra cosa es discurrir.

Demonio.

Si una ciencia peregrina

En tí su poder esfuerza,

¿Cómo has de vencer, Justina,

Si inclina con tanta fuerza,

Que fuerza al paso que inclina?

Justina.

Sabiéndome yo ayudar

Del libre albedrío mio.

Demonio.

Forzaráale mi pesar.

Justina.

No fuera libre albedrío

Si se dejara forzar.
Demonio.

Ven donde un gusto te espera.
(Tira de ella, y no puede moverla.)
Justina.

Es muy costoso ese gusto.
Demonio.

Es una paz lisonjera.
Justina.

Es un cautiverio injusto.
Demonio.

Es dicha.
Justina.

Es desdicha fiera.
Demonio.

¿Cómo te has de defender,
(Tira con más fuerza.)

Si te arrastra mi poder?
Justina.

Mi defensa en Dios consiste.
Demonio.

Venciste, mujer, venciste (Suéltala.)
Con no dejarte vencer.
Mas ya que desta manera
De Dios estás defendida,
Mi pena, mi rabia fiera

Sabrá llevarte fingida,
Pues no puede verdadera.
Un espíritu verás,
Para este efecto no más,
Que de tu forma se informa,
Y en la fantástica forma
Disfamada vivirás.
Lograr dos triunfos espero,
De tu virtud ofendido:
Deshonrarte es el primero,
Y hacer de un gusto fingido
Un delito verdadero. (Vase.)

ESCENA VII.

JUSTINA.

Desa ofensa al cielo apelo,
Porque desvanezca el cielo
La apariencia de mi fama,
Bien como al aire la llama,
Bien como la flor al hielo.
No podrás... Mas ¡ay de mí!
¿Á quien estas voces doy?
¿No estaba ahora un hombre aquí?

Sí. Mas no: yo sola estoy:
No. Mas sí, pues yo le ví.
¿Por dónde se fué tan presto?
¿Si le engendró mi temor?
Mi peligro es manifiesto.—
¡Lisandro, padre, señor! (A voces.)
¡Livia!

ESCENA VIII.

LISANDRO y LIVIA, *cada uno por su puerta.*—JUSTINA.

Lisand.

¿Qué es esto?

Livia.

¿Qué es esto?

Justina.

¿Visteis un hombre (¡ay de mí!)

Que ahora salió de aquí?

Mal mis desdichas resisto.

Lisand.

¡Hombre aquí!

Justina.

¿No le habeis visto?

Livia.

No, señora.

Justina.

Pues yo sí.

Lisand.

¿Cómo puede ser, si ha estado

Todo este cuarto cerrado?

Livia.

(Ap.) Sin duda que á Moscon vió,

Que tengo encerrado yo

En mi aposento.

Lisand.

Formado

Cuerpo de tu fantasía

El hombre debió de ser;

Que tu gran melancolía

Le supo formar y hacer

De los átomos del día.

Livia.

Mi señor tiene razón.

Justina.

No ha sido (¡ay de mí!) ilusión,

Y mayor daño sospecho,

Porque á pedazos del pecho

Me arrancan el corazón.

Algun hechizo mortal

Se está haciendo contra mí,
Y fuera el conjuro tal,
Que á no haber Dios, desde aquí
Me dejara ir tras mi mal.
Mas él me ha de defender,
Y no sólo del poder
Desta tirana violencia;
Pero mi humilde inocencia
No ha de dejar padecer.—
Livia, el manto, porque en tanto
(Vase Livia.)

Que padezco estos extremos,
Tengo de ir al templo santo,
Que tan secreto tenemos
Los fieles.
(Sale Livia con el manto, y pónesele á Justina.)
Livia.

Aquí está el manto.

Justina.

En él tengo de templar
Este fuego que me abrasa.
Lisand.

Yo te quiero acompañar.

Livia.

(Ap.) Y yo volveré á alentar
En echándolos de casa.

Justina.

Pues voy á ampararme así,
Cielos, de vuestro favor,
Confío...

Lisand.

Vamos de aquí.

Justina.

Vuestra es la causa, Señor.
Volved por vos, y por mí.
(Vanse Justina y Lisandro.)

ESCENA IX.

MOSCON.—LIVIA.

Moscon.

¿Fuéronse ya?

Livia.

Ya se fueron.

Moscon.

¡Con qué susto me tuvieron!

Livia.

¿Es posible que salieras
Del aposento, y vinieras
Donde sus ojos te vieron?

Moscon.

¡Vive Dios, que no he salido

Un instante, Livia mía,

De donde estuve escondido!

Livia.

Pues ¿quién el hombre sería?

Moscon.

El mismo diablo habrá sido.

¿Qué sé yo? No muestres ya

Por eso, mi bien, enfado.

Livia.

No es por eso. (Suspira.)

Moscon.

¿Qué será?

Livia.

¿Qué pregunta, si há que está

Un día entero encerrado

Conmigo? ¿No echa de ver (Llora.)

Que habrá también menester

El otro, su confidente,

Que llore hoy tenerle ausente,

Pues no lloré en todo ayer?

¿Hase de pensar de mí

Que mujer tan fácil fuí,

Que en medio año de ausencia,

Falté á la correspondencia
Que al ser quien soy ofrecí?
Moscon.

¿Qué es medio año? Un año entero
Há ya que pudo faltar.
Livia.

Es engaño, pues infiero
Que yo no debo contar
Los dias que no le quiero.
Y si de un año (¡ay de mí!) (Llora.)
Te dí la mitad á tí,
Fuera injuria muy cruel
Contárselo todo á él.
Moscon.

Cuando yo, ingrata, creí
Que fuera tu voluntad
Toda mia, icon piedad
Haces cuentas!...
Livia.

Sí, Moscon,
Porque en fin, cuenta y razon
Conservan toda amistad.
Moscon.

Pues que tu constancia es tal,
Adios, Livia, hasta mañana.
Sólo te ruega mi mal

Que pues eres su terciana,
No seas su sincopal.
Livia.

Ya tú ves que no hay en mí
Malicia alguna.
Moscon.

Es así.
Livia.

En todo hoy no me has de ver;
Mas no sea menester
Enviar mañana por tí. (Vanse.)

Bosque.

ESCENA X.

CIPRIANO, *como asombrado*; CLARIN, *acechando, tras él*.

Ciprian.

Sin duda se han rebelado
En los imperios cerúleos
Las tropas de las estrellas,
Pues me niegan sus influjos.
Comunidades ha hecho
Todo el abismo profundo,

Pues la obediencia no rinde
Que me debe por tributo.
Una y mil veces el viento
Estremezco á mis conjuros,
Y una y mil veces la tierra
Con mis caracteres sulco,
Sin que me ofrezca á mis ojos
El humano sol que busco,
El cielo humano que espero
En mis brazos.
Clarín.

Eso ¿es mucho?

Pues una y mil veces yo
Hago en la tierra dibujos,
Una y mil veces el viento
A puras voces aturdo,
Y tampoco viene Livia.
Ciprián.

Esta vez sola presumo

Volver á invocarla.—Escucha,
Bella Justina...

ESCENA XI.

Aparece una FIGURA fantástica de Justina.—CIPRIANO, CLARIN.

Figura.

Ya escucho;

Que forzada de tus voces,

Aquestos montes discurro.

¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,

Cipriano?

Ciprian.

¡Estoy confuso!

Figura.

Y pues que ya...

Ciprian.

¡Estoy absorto!

Figura.

He venido...

Ciprian.

¿Qué me turbo?

Figura.

De la suerte...

Ciprian.

¿Qué me espanto?

Figura.

Que me halló el amor...

Ciprian.

¿Qué dudo?

Figura.

Donde me llamas...

Ciprian.

¿Qué temo?

Figura.

Y así con la fuerza cumplo

Del encanto, á lo intrincado

Del monte tu vista huyo.

(Cúbrese el rostro con el manto, y vase.)

Ciprian.

Espera, aguarda, Justina.

Mas ¿qué me asombro y discurro?

Seguiréla, y este monte,

Donde mi ciencia la trujo,

Teatro será frondoso

Ya que no tálamo rudo,

Del más prodigioso amor

Que ha visto el cielo. (Vase.)

ESCENA XII.

CLARIN.

Abernuncio

De mujer que viene á ser

Novia, y viene oliendo á humo.

Pero debió de cogerla
Del encanto lo absoluto
Soplando alguna colada,
O cociendo algun menudo.
Mas no: ien cocina y con manto!
De otra suerte la disculpo.
Sin duda debe de ser
(Ahora he dado en el punto;
Que una honrada nunca huele
Mejor) cogida de susto.
Ya la ha alcanzado, y con ella,
De aqueste valle en lo inculto
Luchando á brazos enteros
(Que á brazos partidos, juzgo
Que hiciera mal en luchar
El amante más forzado),
A este mismo sitio vuelven.
Desde aquí acechar procuro;
Que deseo saber cómo
Se hace una fuerza en el mundo.

ESCENA XIII.

CIPRIANO, *trayendo abrazada á la FIGURA fantástica de Justina.*

Ya, bellísima Justina,
En este sitio, que oculto,
Ni el sol le penetra á rayos,
Ni á soplos el aire puro,
Ya es trofeo tu belleza
De mis mágicos estudios;
Que por conseguirte, nada
Temo, nada dificulto.
El alma, Justina bella,
Meuestas; pero ya juzgo,
Siendo tan grande el empleo,
Que no ha sido el precio mucho.
Corre á la deidad el velo:
No entre pardos, ni entre oscuros
Celajes se esconda el sol;
Sus rayos ostente rubios.
(Descúbrela, y ve un esqueleto.)

Mas ¡ay infeliz! ¿qué veo?
¡Un yerto cadáver mudo
Entre sus brazos me espera!
¿Quién en un instante pudo
En facciones desmayadas
De lo pálido y caduco,
Desvanecer los primores
De lo rojo y lo purpúreo?

Esquel.

Así, Cipriano, son

Todas las glorias del mundo.

(Desaparece: sale Clarin huyendo, y se abraza con él Cipriano.)

ESCENA XIV.

CLARIN.—CIPRIANO.

Clarin.

Si alguien ha menester miedo,

Yo tengo un poco y un mucho.

Ciprian.

Espera, fúnebre sombra.

Ya con otro fin te busco.

Clarin.

Pues yo soy fúnebre cuerpo.

¿No echas de verlo en el bulto?

Ciprian.

¿Quién eres?

Clarin.

Yo estoy de suerte,

Que aún quién soy creo que dudo.

Ciprian.

¿Viste en lo raro del viento,

Ó del centro en lo profundo,
Yerto un cadáver, dejando
En señas de polvo y humo
Desvanecida la pompa
Que llena de adornos trujo?
Clarín.

¿Ahora sabes que estoy
Sujeto á los infortunios
De acechador?
Ciprian.

¿Qué se hizo?
Clarín.

Deshízose luego al punto.
Ciprian.

Busquémosle.
Clarín.

No busquemos.
Ciprian.

Sus desengaños procuro.
Clarín.

Yo no, señor.

ESCENA XV.

EL DEMONIO.—CIPRIANO, CLARÍN.

Demonio.

(Ap.) ¡Justos cielos!

Si juntas un tiempo tuvo

Mi sér la ciencia y la gracia

Cuando fuí espíritu puro,

La gracia sola perdí,

La ciencia no. ¿Cómo injustos,

Si esto es así, de mis ciencias

Aun no me dejais el uso?

Ciprian.

¡Lucero, sabio maestro! (Sin verle.)

Clarín.

No le llames; que presumo

Que venga en otro cadáver.

Demonio.

¿Qué me quieres?

Ciprian.

Que del mucho

Horror que padezco absorto,

Rescates hoy mi discurso.

Clarín.

Yo, que no quiero rescates,

Por este lado me escurro. (Vase.)

ESCENA XVI.

CIPRIANO, EL DEMONIO.

Ciprian.

Apénas sobre la tierra

Herida, acentos pronuncio,

Cuando en la accion que allá estaba

Justina, divino asunto

De mi amor y mi deseo...

Pero ¿para qué procuro

Contarte lo que ya sabes?

Vino, abracéla, y al punto

Que la descubro (¡ay de mí!),

En su belleza descubro

Un esqueleto, una estatua,

Una imágen, un trasunto

De la muerte, que en distintas

Voces me dijo (¡oh qué susto!):

«Así, Cipriano, son

Todas las glorias del mundo.»

Decir que en la magia tuya,

Por mí ejecutada, estuvo

El engaño, no es posible;

Porque yo, punto por punto

La obré, sin que errar pudiese

De sus caracteres mudos
Una línea, ni una voz
De sus mortales conjuros.
Luego tú me has engañado
Cuando yo los ejecuto,
Pues solo fantasmas hallo
Adonde hermosuras busco.
Demonio.

Cipriano, ni hubo en tí
Defecto, ni en mí le hubo:
En tí, supuesto que obraste
El encanto con agudo
Ingenio; en mí, pues el mio
Te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado,
Más superior causa tuvo.
Mas no importará; que yo,
Que tu descanso procuro,
Te haré dueño de Justina
Por otros medios más justos.
Ciprian.

No es ese mi intento ya;
Que de tal suerte confuso
Este espanto me ha dejado,
Que no quiero medios tuyos.
Y así, pues que no has cumplido

Las condiciones que puso
Mi amor, sólo de tí quiero,
Ya que de tu vista huyo,
Que mi cédula me vuelvas,
Pues es el contrato nulo.
Demonio.

Yo te dije que te habia
De enseñar en este estudio
Ciencias que atraer pudiesen,
De tus voces al impulso,
A Justina; y pues el viento
Aquí á Justina te trujo,
Válido ha sido el contrato,
Y yo mi palabra cumplo.
Ciprian.

Tú me ofreciste que habia
De coger mi amor el fruto
Que sembraba mi esperanza
Por estos montes incultos.
Demonio.

Yo me obligué, Cipriano,
Solo á traerla.
Ciprian.

Eso dudo;
Que á dármela te obligaste.
Demonio.

Ya la ví en los brazos tuyos.

Ciprian.

Fué una sombra.

Demonio.

Fué un prodigio.

Ciprian.

¿De quién?

Demonio.

De quien se dispuso

A ampararla.

Ciprian.

¿Y cuyo fué?

Demonio.

(Temblando.) No quiero decirte cuyo.

Ciprian.

Valdréme yo de mis ciencias

Contra tí. Yo te conjuro

Que quién ha sido me digas.

Demonio.

Un Dios, que á su cargo tuvo

A Justina.

Ciprian.

Pues ¿qué importa

Solo un Dios, puesto que hay muchos?

Demonio.

Tiene este el poder de todos.

Ciprian.

Luego solamente es uno,

Pues con una voluntad

Obra más que todos juntos.

Demonio.

No sé nada, no sé nada.

Ciprian.

Ya todo el pacto renuncio,

Que hice contigo; y en nombre

De aquesse Dios te pregunto:

¿Qué le ha obligado á ampararla?

Demonio.

(Despues de hacer fuerza por no decirlo.)

Guardar su honor limpio y puro.

Ciprian.

Luego ese es suma bondad,

Pues que no permite insulto.

Mas ¿qué perdiera Justina,

Si aquí se quedaba oculto?

Demonio.

Su honor, si lo adivinara

Por sus malicias el vulgo.

Ciprian.

Luego ese Dios todo es vista,

Pues vió los daños futuros.

Pero ¿no pudiera ser

Ser el encanto tan sumo,

Que no pudiera vencerle?

Demonio.

No, que su poder es mucho.

Ciprian.

Luego ese Dios todo es manos,

Pues que cuanto quiso pudo.

Díme ¿quién es ese Dios,

En quien hoy he hallado junto

Ser una suma bondad,

Ser un poder absoluto,

Todo vista y todo manos,

Que há tantos años que busco?

Demonio.

No lo sé.

Ciprian.

Díme quién es.

Demonio.

¡Con cuánto horror lo pronuncio!

Es el Dios de los cristianos.

Ciprian.

¿Qué es lo que moverle pudo

Contra mí?

Demonio.

Serlo Justina.

Ciprian.

¿Pues tanto ampara á los suyos?

Demonio.

(Rabioso.) Sí, mas ya es tarde, ya es tarde

Para hallarle tú, si juzgo

Que siendo tú esclavo mio,

No has de ser vasallo suyo.

Ciprian.

¡Yo tu esclavo!

Demonio.

En mi poder

Tu firma está.

Ciprian.

Ya presumo

Cobrarla de tí, pues fué

Condicional, y no dudo

Quitártela.

Demonio.

¿De qué suerte?

Ciprian.

Desta suerte.

(Saca la espada, tírale al Demonio, y no le encuentra.)

Demonio.

Aunque desnudo

El acero contra mí
Esgrimas fiero y sañudo,
No me herirás; y porque
Desesperen tus discursos,
Quiero que sepas que ha sido
El Demonio el dueño tuyo.
Ciprian.

¡Qué dices!

Demonio.

Que yo lo soy.

Ciprian.

¡Con cuánto asombro te escucho!

Demonio.

Para que veas, no sólo

Que esclavo eres, pero cuyo.

Ciprian.

¡Esclavo yo del demonio!

¿Yo de un dueño tan injusto?

Demonio.

Sí, que el alma me ofreciste,

Y es mía desde aquel punto.

Ciprian.

¿Luego no tengo esperanza,

Favor, amparo ó recurso,

Que tanto delito pueda

Borrar?

Demonio.

No.

Ciprian.

Pues ya ¿qué dudo?

No ociosamente en mi mano

Esté a queste acero agudo;

Pasándome el pecho, sea

Mi voluntario verdugo.

Mas ¿qué digo? Quien de tí

Librar á Justina pudo,

¿A mí no podrá librarme?

Demonio.

No, que es contra tí tu insulto.

Él no ampara los delitos,

Las virtudes sí.

Ciprian.

Si es sumo

Su poder, el perdonar

Y el premiar será en él uno.

Demonio.

Tambien lo será el premiar

Y el castigar, pues es justo.

Ciprian.

Nadie castiga al rendido:

Yo lo estoy, pues lo procuro.

Demonio.

Eres mi esclavo, y no puedes

Ser de otro dueño.

Ciprian.

Eso dudo.

Demonio.

¿Cómo, estando en mi poder

La firma que con dibujos

De tu sangre, escrita tengo?

Ciprian.

El que es poder absoluto,

Y no depende de otro,

Vencerá mis infortunios.

Demonio.

¿De qué suerte?

Ciprian.

Todo es vista,

Y verá el medio oportuno.

Demonio.

Yo la tengo.

Ciprian.

Todo es manos:

El sabrá romper los nudos.

Demonio.

Dejaréte yo primero

Entre mis brazos difunto. (Luchan los dos.)
Ciprian.

¡Grande Dios de los cristianos!

Á tí en mis penas acudo.

Demonio.

(Arrojando de entre sus brazos á Cipriano.)

Ese te ha dado la vida.

Ciprian.

Más me ha de dar, pues le busco. (Vanse.)

Sala en el palacio del Gobernador.

ESCENA XVII.

EL GOBERNADOR, FABIO, soldados.

Gobern.

¿Cómo ha sido la prision?

Fabio.

Todos en su iglesia estaban

Escondidos, donde daban

Á su Dios adoracion.

Llegué con armadas gentes,

Toda la casa cerqué,

Prendílos, y los llevé

Á cárceles diferentes;
Y el suceso, en fin, concluyo
Con decir que en esta ruina
Prendí á la hermosa Justina
Y á Lisandro, padre suyo.
Gobern.

Pues si riquezas codicias,
Puestos, honores y más,
¿Cómo esas nuevas me das,
Fabio, sin pedirme albricias?
Fabio.

Si así estimas mis sucesos,
Las que me has de dar no ignoro.
Gobern.

Dí.
Fabio.

La libertad de Floro
Y Lelio, que tienes presos.
Gobern.

Aunque yo con su castigo
Parece que escarmentar
Quise todo este lugar,
Si la verdad, Fabio, digo,
Otra es la causa por qué
Presos han vivido un año:
Y es que así de Lelio el daño

Como padre aseguré.
Floro, su competidor,
Tiene deudos poderosos:
Y estando los dos celosos
Y empeñados en su amor,
Temí que habian de volver
Otra vez á la cuestion;
Y hasta quitar la ocasion,
No me quise resolver.
Con este intento buscaba
Algun color con que echar
A Justina del lugar;
Pero nunca le encontraba.
Y pues su virtud fingida,
No sólo ocasion me da
Hoy de desterrarla ya,
Mas de quitarla la vida,
No estén más presos; y así,
A sus prisiones irás,
Y con brevedad traerás
A Lelio y á Floro aquí.
Fabio.

Beso mil veces tus piés
Por merced tan peregrina. (Vase.)

ESCENA XVIII.

EL GOBERNADOR, soldados.

Gobern.

Ya está en mi poder Justina,
Presa y convencida: pues
¿Qué espera mi rabia fiera,
Que ya en ella no ha vengado
Los enojos que me ha dado?
A sangrientas manos muera
De un verdugo.—Vos, mirad...
(A un soldado.)

Que aquí la traigais os mando
Hoy á la vergüenza, dando
Escándalo en la ciudad;
Porque si en palacio está,
Nada á darla vida baste.
(Vase el soldado con otros.)

ESCENA XIX.

FABIO, LELIO, FLORO.—Dichos.

Fabio.

Los dos por quien enviaste

Están á tus plantas ya.
Lelio.

Yo que al fin sólo deseo
Parecer tu hijo esta vez,
No te miro como juez,
Con los temores de reo;
Sino como padre airado,
Con los temores de hijo
Obediente.
Floro.

Y yo colijo,
Viéndome de tí llamado,
Que es para darme, señor,
Castigos que no merezco.
Pero á tus plantas me ofrezco.
Gobern.

Lelio, Floro, mi rigor
Justo con los dos ha sido,
Porque si no os castigara,
Padre, no juez me mostrara.
Pero teniendo entendido
Que en los nobles no duró
Nunca el enojo, y que ya
Quitada la causa está,
Intento piadoso yo
Haceros amigos luego.

En muestras de la amistad,
Aquí los brazos os dad.
Lelio.

Yo el venturoso á ser llego
En ser hoy de Floro amigo.
Floro.

Y yo de que lo seré
Doy mano y palabra.
Gobern.

En fe
Deso, á libraros me obligo,
Que si el desengaño toco
Que de vuestro amor teneis,
No dudo que lo sereis.

ESCENA XX.

EL DEMONIO, gente.—Dichos.

Demonio.

(Dentro.) ¡Guarda el loco, guarda el loco!

Gobern.

¿Qué es esto?

Lelio.

Yo lo iré á ver.

(Llega á la puerta, y vuelve luego.)

Gobern.

En palacio tanto ruido,
¿De qué puede haber nacido?

Floro.

Gran causa debe de ser.

Lelio.

Aqueste ruido, señor
(Escucha un raro suceso),
Es Cipriano, que al cabo
De tantos días ha vuelto
Loco y sin juicio á Antioquía.

Floro.

Sin duda que de su ingenio
La sutileza le tiene
En aqueste estado puesto.
Gente.

(Dentro.) ¡Guarda el loco, guarda el loco!

ESCENA XXI.

CIPRIANO, *medio desnudo*, gente.—Dichos.

Ciprian.

Nunca yo he estado más cuerdo;
Que vosotros sois los locos.

Gobern.

Cipriano, ¿pues qué es esto?

Ciprian.

Gobernador de Antioquía,

Virey del gran César Decio,

Floro y Lelio, de quien fui

Amigo tan verdadero,

Nobleza ilustre, gran plebe,

Estadme todos atentos;

Que por hablaros á todos

Juntos, á palacio vengo.

Yo soy Cipriano, yo

Por mi estudio y por mi ingenio

Fuí asombro de las escuelas,

Fuí de las ciencias portento.

Lo que de todas saqué,

Fué una duda, no saliendo

Jamás de una duda sola

Confuso en mi entendimiento.

Ví á Justina, y en Justina

Ocupados mis afectos,

Dejé á la docta Minerva

Por la enamorada Vénus.

De su virtud despedido,

Mantuve mis sentimientos,

Hasta que mi amor, pasando
De un extremo en otro extremo,
A un huésped mio, que el mar
Le dió mis plantas por puerto,
Por Justina ofrecí el alma,
Porque me cautivó á un tiempo
El amor con esperanzas,
Y con ciencias el ingenio.
Deste, discípulo he sido,
Esas montañas viviendo,
A cuya docta fatiga
Tanta admiracion le debo,
Que puedo mudar los montes
Desde un asiento á otro asiento;
Y aunque puedo estos prodigios
Hoy ejecutar, no puedo
Atraer una hermosura
A la voz de mi deseo.
La causa de no poder
Rendir este monstruo bello,
Es que hay un Dios que la guarda,
En cuyo conocimiento
He venido á confesarle
Por el más sumo y inmenso.
El gran Dios de los cristianos

Es el que á voces confieso;
Que aunque es verdad que yo ahora
Esclavo soy del infierno,
Y que con mi sangre misma
Hecha una cédula tengo,
Con mi sangre he de borrarla
En el martirio que espero.
Si eres juez, si á los cristianos
Persigues duro y sangriento,
Yo lo soy; que un venerable
Anciano, en el monte mismo
El carácter me imprimió
Que es su primer sacramento.
Ea pues, ¿qué aguardas? Venga
El verdugo, y de mi cuello
La cabeza me divida,
O con extraños tormentos
Acrisola mi constancia;
Que yo rendido y resuelto
A padecer dos mil muertes
Estoy, porque á saber llego
Que sin el gran Dios que busco,
Que adoro y que reverencio,
Las humanas glorias son
Polvo, humo, ceniza y viento.
(Cae boca abajo en el suelo, como desmayado.)

Gobern.

Tan absorto, Cipriano,
Me deja tu atrevimiento,
Que imaginando castigos,
A ninguno me resuelvo. (Pisándole.)
Levántate.

Floro.

Desmayado,
Es una estatua de hielo.

ESCENA XXII.

Soldados, JUSTINA.—Dichos.

Un sold.

Aquí está, señor, Justina.

Gobern.

(Ap. Verla la cara no quiero.)

Con ese vivo cadáver

Todos sola la dejemos;

(Ap. á los presentes.)

Porque cerrados los dos,

Quizá mudarán de intento,

Viéndose morir el uno

Al otro; ó sañudo y fiero,

Si no adoraren mis dioses,
Morirán con mil tormentos.
Lelio.

(Ap.) Entre el amor y el espanto
Confuso voy y suspenso.
Floro.

(Ap.) Tanto tengo que sentir,
Que no sé qué es lo que siento.
(Vanse todos, ménos Justina.)

ESCENA XXIII.

JUSTINA; CIPRIANO, *sin sentido, en el suelo.*
Justina.

¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
A morir, ¡aún no me dais
Muerte, porque la deseo!
(Repara en Cipriano.)

Mas sin duda es mi castigo,
Cerrada en este aposento,
Darme muerte dilatada,
Acompañada de un muerto,
Pues sólo un cadáver me hace
Compañía. ¡Oh tú, que al centro

De donde saliste, vuelves!
¡Dichoso tú, si te ha puesto
En este estado la fe
Que adoro!
Ciprian.

(Recobrándose.) Monstruo soberbio,
¿Qué aguardas, que no desatas
Mi vida en?... (Ve á Justina, y levántase.)
¡Válgame el cielo!
(Ap.) ¿No es Justina la que miro?
Justina.

(Ap.) ¿No es Cipriano el que veo?
Ciprian.
(Ap.) Mas no es ella, que en el aire
La finge mi pensamiento.
Justina.

(Ap.) Mas no es él: por divertirme,
Fantasmas me finge el viento.
Ciprian.

Sombra de mi fantasía...
Justina.

Ilusion de mi deseo...
Ciprian.

Asombro de mis sentidos...
Justina.

Horror de mis pensamientos...

Ciprian.

¿Qué me quieres?

Justina.

¿Qué me quieres?

Ciprian.

Ya no te llamo. ¿A qué efecto

Vienes?

Justina.

¿A qué efecto tú

Me buscas? Ya en tí no pienso.

Ciprian.

Yo no te busco, Justina.

Justina.

Ni yo á tu llamada vengo.

Ciprian.

Pues ¿cómo estás aquí?

Justina.

Presa.

¿Y tú?

Ciprian.

Tambien estoy preso.

Pero tu virtud, Justina,

Díme ¿qué delito ha hecho?

Justina.

No es delito, pues ha sido

Por el aborrecimiento
De la fe de Cristo, á quien
Como á mi Dios reverencio.
Ciprian.

Bien se lo debes, Justina;
Que tienes un Dios tan bueno,
Que vela en defensa tuya.
Haz tú que escuche mis ruegos.
Justina.

Sí hará, si con fe le llamas.
Ciprian.

Con ella le llamo; pero
Aunque dél no desconfío,
Mis extrañas culpas temo.
Justina.

Confía.
Ciprian.

¡Ay, qué inmensos son
Mis delitos!
Justina.

Más inmensos
Son sus favores.
Ciprian.

¿Habrá
Para mí perdon?
Justina.

Es cierto.

Ciprian.

¿Cómo, si el alma he entregado

Al demonio mismo, en precio

De tu hermosura?

Justina.

No tiene

Tantas estrellas el cielo,

Tantas arenas el mar,

Tantas centellas el fuego,

Tantos átomos el día,

Ni tantas plumas el viento,

Como él perdona pecados.

Ciprian.

Así, Justina, lo creo,

Y por él daré mil vidas.

Pero la puerta han abierto.

ESCENA XXIV.

FABIO, *trayendo presos á* MOSCON, CLARIN y LIVIA.—CIPRIANO, JUSTINA.

Fabio.

Entrad, que con vuestros amos

Aquí habeis de quedar presos. (Vase.)

Livia.

Si ellos quieren ser cristianos,

¿Acá qué culpa tenemos?

Moscon.

Mucha; que los que servimos,

Harto gran delito hacemos.

Clarín.

Huyendo del monte, vine

De un riesgo á dar á otro riesgo.

ESCENA XXV.

Un criado.—Dichos.

Criado.

A Justina y á Cipriano

El gobernador Aurelio

Llama.

Justina.

¡Feliz yo mil veces,

Si es para el fin que deseo!—

No te acobardes, Cipriano.

Ciprian.

Fe, valor y ánimo tengo;

Que si de mi esclavitud

La vida ha de ser el precio,
Quien el alma dió por tí,
¿Qué hará en dar por Dios el cuerpo?
Justina.

Que en la muerte te querria
Dije; y pues á morir llevo
Contigo, Cipriano, ya
Cumplí mis ofrecimientos.
(Vanse Justina, Cipriano y el criado.)

ESCENA XXVI.

MOSCON, LIVIA, CLARIN.

Moscon.

¡Qué contentos á morir

Van!

Livia.

Mucho más contentos

Los tres á vivir quedamos.

Clarín.

No mucho; que falta un pleito

Que averiguar; y aunque aquesta

No es ocasion, por si luego

No hay lugar, no será justo

Que echemos á mal el tiempo.

Moscon.

¿Qué pleito es ese?

Clarín.

Yo he estado

Ausente...

Livia.

Dí.

Clarín.

Un año entero,

Y un año Moscon ha sido

Sin mi intermision tu dueño;

Y á rata por cantidad,

Para que iguales estemos,

Otro año has de ser mia.

Livia.

¿Pues de mí presumes eso,

Que habia de hacerte ofensa?

Los dias lloraba enteros

Que me tocaba llorar.

Moscon.

Y yo soy testigo dello;

Que el dia que no era mio

Guardé á tu amistad respeto.

Clarín.

Eso es falso, porque hoy

No lloraba cuando dentro
De su casa entré, y con ella
Estabas tú muy de asiento.
Livia.
No era hoy día de plegaria.
Clarín.
Sí era, que si bien me acuerdo,
El día que me ausenté
Era mío.
Livia.
Ese fué yerro.
Moscon.
Ya sé en lo que el yerro ha estado.
Este fué año de bisiesto,
Y fueron pares los días.
Clarín.
Yo me doy por satisfecho,
Porque no lo ha de apurar
Todo el hombre.—Mas ¿qué es esto?
(Suena gran ruido de tempestad.)

ESCENA XXVII.

EL GOBERNADOR, gente; *luego*, FABIO, LELIO y FLORO, *todos alborotados; despues*, EL DEMONIO.

Livia.

La casa se viene abajo.

Moscon.

¡Qué confusión! ¡qué portento!

Gobern.

Sin duda se ha desplomado

La máquina de los cielos.

(Suenan las tempestades, y salen Fabio, Lelio y Floro.)

Fabio.

Apénas en el cadalso

Cortó el verdugo los cuellos

De Cipriano y de Justina,

Cuando hizo sentimiento

Toda la tierra.

Lelio.

Una nube,

De cuyo abrasado seno

Abortos horribles son

Los relámpagos y truenos,

Sobre nosotros cae.

Floro.

Della

Un disforme monstruo horrendo

En las escamadas conchas

De una sierpe sale, y puesto

Sobre el cadalso, parece
Que nos llama á su silencio.
(Descúbrese el cadalso con las cabezas y cuerpos de Justina y
Cipriano, y el Demonio, en lo alto, sobre una sierpe.)
Demonio.

Oid, mortales, oid
Lo que me mandan los cielos
Que en defensa de Justina
Haga á todos manifiesto.
Yo fuí quien por disfamar
Su virtud, formas fingiendo,
Su casa escalé, y entré
Hasta su mismo aposento;
Y porque nunca padezca
Su honesta fama desprecios,
A restituir su honor
De aquesta manera vengo.
Cipriano, que con ella
Yace en feliz monumento,
Fué mi esclavo; mas borrando
Con la sangre de su cuello
La cédula que me hizo,
Ha dejado en blanco el lienzo;
Y los dos, á mi pesar,
A las esferas subiendo
Del sacro solio de Dios,

Viven en mejor imperio.

Esta es la verdad, y yo

La digo, porque Dios mismo

Me fuerza á que yo la diga,

Tan poco enseñado á hacerlo.

(Cae velozmente, y húndese.)

Lelio.

¡Qué asombro!

Floro.

¡Qué confusion!

Livia.

¡Qué prodigio!

Todos.

¡Qué portento!

Gobern.

Todos estos son encantos

Que aqueste mágico ha hecho

En su muerte.

Floro.

Yo no sé

Si los dudo ó si los creo.

Lelio.

A mí me admira el pensarlos.

Clarín.

Yo solamente resuelvo

Que si él es mágico, ha sido

El mágico de los cielos.
Moscon.

Pues dejando en pié la duda
Del bien partido amor nuestro,
Al Mágico prodigioso
Pedid perdon de los yerros.

ÍNDICE

Págs.

[El mágico prodigioso 211](#)

NOTAS

[1] Natural.

[2] Calderon no la nombra: sin duda le pareció poco necesario, por ser el drama de pura invencion.

[3] Polonia no tenía puertos: Calderon por consiguiente no pudo colocar la accion del drama en una ciudad marítima. A este cargo que se ha hecho al autor por estos dos versos creo que se responde muy fácilmente. *Mar* se llamaba en tiempo de Calderon al de *Ontígola*, que es un estanque; *Mar* se llamó despues al estanque grande de los jardines de la Granja. *Cayó del balcon al mar*, querrá, segun esto, decir: «cayó á un estanque de los jardines de palacio, cayó al estanque que está debajo del balcon.»

[4] *Hablar en equivalia ántes á hablar de.*

[5] No hay verso que consuene con este. Para el metro y para el sentido falta algo.

[6] Verso suelto en una escena escrita en tercetos. Falta un verso que consuene con *dia*, y otro con *pena*. Es de creer que haya una

laguna aquí.

[7] Esta escena es una especie de glosa, habilísimamente hecha, de varios romances.

[8] *Amenazadas* significa en este lugar *las que amenazan* ó *las anunciadas*.

[9] Falta un verso para el romance.

[10] La muerte de D. Fernando fué en el año 1443; el rescate de sus reliquias en 1472.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB